

Abbá,
AMADO PADRE



**Breves meditaciones
para profundizar el amor a Dios Padre.**

PREFACIO

El 7 de mayo de 2022 percibí durante la oración unas palabras en mi interior que identifiqué como la voz de nuestro Padre Celestial. Me alentaba a escribir breves meditaciones para cada día, con el fin de despertar más profundamente el amor a Él en los hombres y, por otra parte, comunicarles el inconmensurable amor que el Padre les tiene.

Con este impulso, me puse en marcha y, a partir del 7 de junio de 2022, empecé a publicar estas pequeñas meditaciones dedicadas a Dios Padre, bajo el título “3 Minutos para Abbá”.*

Desde entonces, con la gracia de Dios, han surgido para cada día nuevas reflexiones, que actualmente son publicadas en cinco idiomas.*

Estoy muy agradecido con el Señor por permitirme realizar este servicio en su honor. También doy gracias a todos aquellos que contribuyen día a día a que los “3 Minutos para Abbá” se difundan y lleguen a las personas. Pero, puesto que hay quienes prefieren leer libros, hemos decidido recopilar algunas perlas de estas meditaciones en el librito que tenéis en vuestras manos.

Las fuentes de estas reflexiones son las Sagradas Escrituras, el Mensaje de Dios Padre a Sor Eugenia Ravasio,* frases de santos y “palabras interiores” que he recibido en la oración.

Espero que estas pequeñas meditaciones nos ayuden a conocer mejor el amor de nuestro Padre Celestial, para que le correspondamos con un corazón alegre.

HNO. ELÍAS

*Encontrará más información en la última página.

ÍNDICE

La palabra »Padre«.....	4
Santificado sea tu Nombre.....	6
El amor de Dios está siempre ahí.....	8
El Corazón sensible de Dios.....	10
Honrar al Padre.....	12
Conocer a Dios.....	14
Si supierais qué Padre tenéis.....	16
La obra del Espíritu.....	18
El amor paga todo.....	20
Así es nuestro Padre.....	22
Yo conozco tu corazón.....	24
Abismo de amor.....	26
El tiempo es oro.....	28
Gratitud eterna.....	30
Una espada de fuego en las manos de Dios.....	32
No perder el ánimo.....	34
Confía en mí.....	36
Motivo de alegría para el Padre.....	38
Dios siempre ama.....	40
El tiempo propicio.....	42
No te apoyes en tu propia inteligencia.....	44
Nuestro Padre nos educa.....	46
En el aprieto me diste anchura.....	48
Con mi Dios asalto la muralla.....	50
Mirar al Padre desde la cruz del mundo.....	52
Nuestra generosa respuesta.....	54
No tener miedo ante nuestro amoroso Padre.....	56
El capitán.....	58
¡No temas!.....	60
Adán, ¿dónde estás?.....	62
La red del amor.....	64

Todo coopera para el bien de los que aman a Dios.....	66
Santa despreocupación.....	68
Ojos abiertos.....	70
Nuestro corazón está hecho para Dios.....	72
Entrégame todo.....	74
Una mirada de su amor.....	76
Los designios de Dios.....	78
Estar a solas con el Padre.....	80
El pajarillo en mi ventana.....	82
El deseo de Dios.....	84
Un corazón nuevo.....	86
Mis entrañas paternas.....	88
Aferrarse al ancla de la confianza.....	90
Victoria sobre el enemigo.....	92
El »lado débil« de Dios.....	94
El castillo interior.....	96
El tiempo apremia.....	98
El sabor de la verdad.....	100
Confía en mí sin reservas.....	102
Grandiosa sencillez.....	104
El tesoro de Dios en nosotros.....	106
Confianza en la divina Providencia.....	108
Mirad conmigo al Padre.....	110
La eterna desgracia.....	112
Cerrar las puertas del infierno.....	114
La dignidad del hombre.....	116
Implorad un corazón nuevo.....	118
Aunque camine por cañadas oscuras.....	120
El vestido de bodas para la humanidad.....	122
Confianza triunfante.....	124
Oración interior.....	126
La paz interior.....	128
Inflamados por el amor.....	130

La palabra »Padre«



»Padre« ... ¡Qué maravillosa palabra nos dio el Señor para hacernos comprender al Dios Eterno. Él no es simplemente un Ser invisible, ni mucho menos inalcanzable. Podemos confiar con toda certeza en lo que nos dicen de Él las Sagradas Escrituras. Dios quiere estar muy cerca de nosotros y morar entre nosotros, sus hijos; de muchas maneras quiere darnos a entender cuánto nos ama.

Todo esto está expresado en la palabra “Padre”, que puede tocar lo más profundo de nuestro corazón. La palabra “Padre” implica un inquebrantable “sí” a nosotros, los hombres; un “sí” a nuestra existencia; un “sí” que Dios jamás retractará. Aunque nosotros rechacemos su amor, su “sí” permanece en pie. Éste nos invita a la conversión, a volver a casa, para no cerrarnos a su amor paternal en el tiempo y en la eternidad.

Al enviar a su Hijo al mundo, nuestro Padre pronunció definitiva e irrevocablemente este “sí”. Así, nos llama a volvernos a Él y nos atrae a su cercanía.

“Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo único” - atestigua la Sagrada Escritura (Jn 3,16). En Jesús, el Padre nos entregó su propio Corazón.

Ahora, el acceso al Corazón del Padre está abierto. El Hijo ha removido todos los obstáculos a precio de su propia vida. Quien lo acepta a Él, cree en Él y recibe de Él el perdón de los pecados, puede acoger sin impedimentos el amor del Padre, viviendo en la seguridad y felicidad de los hijos de Dios.

¿Qué nos impide aceptar esta invitación? Llenos de confianza, deberíamos ponernos en camino hacia el Padre. ¡Él nos espera, pues Él es nuestro Padre!

Santificado sea tu Nombre



*“Hijos míos, es verdad que me amáis y me honráis cuando decís la primera invocación del Padre Nuestro. Pero continuad con las otras peticiones y veréis: ‘Santificado sea Tu Nombre.’ ¿Mi Nombre es santificado?” **

Así como en el Nombre de Jesús está la salvación (cf. Hch 4,12) y los poderes del infierno tiemblan al oírlo, así sucede también cuando invocamos a Dios como nuestro Padre.

En la Iglesia Oriental es común practicar la así llamada “oración del corazón”, invocando una y otra vez el Nombre del Señor Jesús. Algunos maestros espirituales exhortan a sus discípulos a tener siempre en sus labios y en su corazón el Nombre de Jesús; aquel Nombre grande y maravilloso en el que está contenida la salvación. En el ámbito católico, conocemos la letanía del Santísimo Nombre de Jesús.

Quizá este trasfondo nos sirva de puente para entender por qué la Primera Persona de la Santísima Trinidad quiere que nos dirijamos a ella con el Nombre de Padre. En efecto, al llamarlo “Padre”,

damos testimonio de cómo es Dios en verdad. No es un Dios distante y ausente; no es un severo gobernante, ni mucho menos un tirano. ¡No!

El Creador del cielo y de la tierra, Aquél que no tiene principio ni fin, Aquél ante quien se inclinan los cielos y los fieles en la tierra, es distinto: Él es un Padre lleno de amor. Al invocar su Nombre y entrar con Él en aquella relación de confianza e intimidad que el Nombre de “Padre” trae consigo, atravesamos la red de mentira y engaño que el Diablo colocó sobre la humanidad para impedir que entrara en esa relación íntima con Dios.

Cada vez que invocamos con fe a nuestro Padre, se reestablece la realidad entre el cielo y la tierra y ayudamos a desintoxicar al mundo de aquel veneno que el enemigo del género humano sembró en nuestro corazón y en el de todos los hombres. La capa de hielo que rodea los corazones de los hombres ha de derretirse cuando escuchen hablar de su amantísimo Padre, a quien tan poco conocen o ignoran por completo.

¡Que el Nombre del Padre sea santificado por nosotros al llamarlo así y al dar testimonio de su paternidad!

El amor de Dios está siempre ahí



Todas las personas han de cobrar consciencia de que tienen un Padre amantísimo. Es ésta la realidad objetiva sobre la cual se cimentan sus vidas. Sólo al interiorizar esta certeza podrán despertar a la plenitud de la vida (cf. Jn 10,10b).

Es el Padre Celestial quien puede sanar todas nuestras heridas y hacernos descubrir el sentido amoroso de nuestra existencia, al dárse nos a conocer. ¡Aquí reside la verdadera felicidad del hombre!

En efecto, este amor divino está siempre ahí. Fue él quien nos creó y nos redimió, y él mismo quiere conducir nuestra vida a la perfección del amor.

Este amor sigue estando ahí, aun cuando no lo sentimos y nuestra vida parece estar a oscuras. ¡Dios siempre nos ofrece este amor!

Si supiéramos cuánto nos ama el Padre, la felicidad moraría permanentemente en lo más profundo de nuestro ser, concediéndonos la paz que sólo Dios puede dar (Jn 14,27).

Aunque el amor de Dios envuelve a todos los hombres, se dirige especialmente a aquellos que más lo necesitan. El Padre lo expresa así en el Mensaje a la Madre Eugenia:

*“Todos han de reconocer mi infinita bondad; una bondad que se dirige a todos, pero especialmente a los pecadores, a los enfermos, a los moribundos y a todos los que sufren. Ellos han de saber que no tengo otro deseo más que el de amarlos, colmarlos de mis gracias, perdonarles cuando se arrepientan, y, sobre todo, no juzgarlos con mi justicia sino con mi misericordia, para que todos se salven y sean contados en el número de mis elegidos.”**

¡Cuán atribulados están los enfermos, que tienen una necesidad particular de amor; los moribundos, que pronto se presentarán ante el Trono de Dios y requieren acompañamiento y cuidado amoroso! Pero, en particular, el amor de Dios corteja y lucha por los pecadores, que están en peligro de fallar al sentido de su vida e incluso de condenarse para toda la eternidad. ¡Están tan necesitados de la salvación!

*Mensaje del Padre a Sor Eugenia Ravasio

El Corazón sensible de Dios



Para el Señor es importante que lo conozcamos como Él realmente es. Jesús mismo trata de transmitirnos una y otra vez la verdadera imagen del Padre. En efecto, sólo cuando tenemos la imagen correcta de Él, podemos vivir en una relación confiada con Él, tal como lo ha previsto para nosotros. Entonces resplandece aquella gozosa realidad que la luz de Dios difunde en este mundo, y se hacen realidad las palabras de Jesús: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,14).

Pero, ¿cómo llegaremos a esta relación confiada con Dios y cómo deshacernos de cualquier imagen equivocada de Él? A través del Mensaje a la Madre Eugenia, el Padre nos ofrece una ayuda muy comprensible:

“Vuestro corazón es sensible como el Mío, y el Mío como el vuestro. ¿Qué no haríais si alguien cercano os hiciera un pequeño favor para complaceros? Incluso el hombre más insensible guardaría hacia esta persona un reconocimiento inolvidable. Por lo general, toda persona buscaría lo que más le complacería [a aquella persona que le hizo el favor], para recompensarla por el servicio prestado. Pues bien, Yo

*estaría aún mucho más agradecido con vosotros si me rindiérais este pequeño servicio de honrarme como os lo pido: os aseguraría la vida eterna.” **

Cada uno de nosotros puede entender lo que significa la gratitud. Si nuestro corazón no se ha embotado del todo, normalmente pagamos bien con bien. El Señor, que es la fuente de todo bien, ha sembrado esto en nuestros corazones. Y si nosotros, cuya capacidad de amar a menudo es tan limitada, actuamos así, ¡cuánto más Dios! (cf. Mt 7,11)

De esta manera, Él quiere hacernos comprender cuán profundamente está conectado a nosotros, y asegurarnos que recompensará hasta el más mínimo esfuerzo que hagamos para su gloria. Así, los lados buenos y luminosos que encontramos en el corazón humano, pueden convertirse en fuente de un conocimiento más profundo de Dios, cuando se los atribuimos a Él. Al mismo tiempo, la gratitud que podemos sentir nos permite concluir cómo y cuán sensible es el Corazón de Dios. Los lados más bellos de nuestro ser nos remiten al Creador, pues “*creó Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó*” (Gen 1,27).

*Mensaje del Padre a Sor Eugenia Ravasio

Honrar al Padre



Dios anhela que nosotros, los hombres, lo amemos y que este amor se exprese también en un culto y una veneración especial.

Podemos imaginar cómo es cuando nosotros mismos estamos llenos de amor y queremos compartir este amor con las personas... Y si a nosotros, que somos tan imperfectos, nos urge transmitir este amor a los demás, ¡cuánto más a nuestro Padre, que es la fuente misma del amor! En efecto, el culto y la veneración que Dios Padre pide, tienen como profundo objetivo que nuestros corazones se dirijan a Él y que descubramos y correspondamos al verdadero sentido de nuestra existencia.

A través de la Madre Eugenia, Dios Padre dirigió las siguientes palabras al Papa de aquel tiempo:

“¡Si tan sólo supieras cuánto deseo ser conocido, amado y honrado por los hombres con un culto especial! Desde toda la eternidad y desde la creación del primer hombre llevo en Mí este deseo. Se lo he expresado muchas veces a los hombres, especialmente en el Antiguo Testamento. Pero el hombre nunca lo entendió. Ahora, este deseo me

*hace olvidar todo el pasado, siempre y cuando se cumpla ahora en Mis criaturas del mundo entero.”**

¿Y por qué el Padre desea este culto especial?

Porque *“quiero daros mucho y haceros participar en gran medida de Mi poder y de Mi gloria. Quiero haceros felices y salvaros, y manifestaros Mi único deseo de amaros y ser amado por vosotros a cambio.”**

Aquí nos encontramos con el misterio de la relación entre Dios y el hombre: una verdadera relación de amor, que le permite a Dios hacernos partícipes de su gloria; es decir, introducimos plenamente en su divinidad, como nos asegura el Apóstol Juan en su epístola: *“El que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”* (1Jn 4,16), y como se describe en el maravilloso himno de la Carta a los Efesios: *“Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, (...) redunde en alabanza suya.”* (Ef 1,5-6)

Si supiéramos hasta qué punto Dios quiere consentirnos, y cuánto anhela colmarnos de bendiciones, no dudáramos ni un segundo en adorarle y venerarle como Él pide.

* Mensaje del Padre a Sor Eugenia Ravasio

Conocer a Dios



¿Por qué, amado Padre, quieres que te conozcamos, te honremos y te amemos, como se lo dijiste a la Madre Eugenia Ravasio? Tú posees la plenitud en ti mismo y nada te falta...

Pero Tú mismo nos das la respuesta:

*“No es que desee ser conocido, honrado y amado porque estuviese necesitado de Mi criatura o de su adoración. ¡No! Es sólo porque deseo salvarla y hacerla partícipe de Mi gloria que Me rebajo a ella.”**

Ahora lo entiendo mejor: el motivo por el cual quieres ser conocido, honrado y amado es para poder concedernos todo lo que has preparado para nosotros. Así que en Ti nos encontramos con el amor desinteresado; un amor que se da aunque no tenga necesidad de nosotros.

Hace falta que primero aprendamos a entender más profundamente este amor. Es por eso que Tú mencionas en primer lugar que debemos conocerte. Es el conocimiento de cómo eres en realidad, libre de falsas imágenes tuyas.

Conocerte a ti es la vida; más aún, la vida eterna, tal como tu Hijo nos lo enseñó:

“Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo.” (Jn 17,3)

Y en la medida en que te conocemos, Tú puedes comunicártenos cada vez más. Amarte significa seguirte en todo lo que nos encomiendas, guardar tus mandamientos, amar tus preceptos, entregarte nuestro corazón y corresponder así a tu amor.

Entonces el amor crece sin límites y se hacen realidad las palabras de Jesús: *“a quien tiene se le dará”* (Mt 13,12).

Entonces ya nada será difícil, porque el amor nos sostendrá.

Honrarte a ti, Padre, es el deber de amor más natural de tus hijos, pues todo lo hemos recibido de tus manos.

Esto lo saben también los ángeles y santos, junto a los cuales nos inclinamos ante ti llenos de alegría y reverencia, porque Tú eres el único y verdadero Dios.

Y al honrar tu gloria, nos volvemos cada vez más conscientes de tu majestad y nos deshacemos de toda ligereza y frivolidad.

Si supierais qué Padre tenéis



*“¿No es cierto que me amaríais entrañable y tiernamente como hijos, si conocierais a este Padre?” **

Sabemos que, en el Mensaje a la Madre Eugenia, el Padre habla una y otra vez de que debemos conocerlo, honrarlo y amarlo.

En el pasaje que hoy escuchamos, se refiere específicamente al tema de conocerlo.

En efecto, de la profundidad del conocimiento dependerá el nivel del amor, porque, en la medida en que conocemos a nuestro Padre, su amor se derrama en nuestro corazón y lo inflama. Esto nos resulta aún más comprensible si consideramos que el Espíritu Santo, que es el amor entre el Padre y el Hijo, puede así penetrar más profundamente aún en nuestro corazón, iluminándolo y encendiéndolo desde dentro.

Es Él, nuestro Amigo divino, quien clama en nosotros: “Abbá, amado Padre” (cf. Gal 4,6). ¿Quién conoce mejor al Padre que Dios mismo?

¿Quién podría revelarnos más profundamente su amor? Es Él, el Espíritu del amor y de la verdad, quien nos transmite de forma incomparable la presencia amorosa de nuestro Padre. Entonces, no será sólo conocer al Padre al reconocer con gratitud sus maravillosas obras, al percibir su bondadosa Providencia y su cuidado por nosotros, los hombres; sino que el Espíritu Santo nos hará “gustar” desde dentro el amor del Padre.

¿Cómo repercutirá esto en nosotros?

Con toda seguridad, nuestro amor a Dios Padre se volverá mucho más entrañable aún. Y, junto con este crecimiento en el amor, se abrirá una puerta a través de la cual el Señor quiere guiarnos. Él se servirá de este crecimiento en el amor, pues ¡cuánto anhela que todos los hombres experimenten su amor!

La obra del Espíritu



Nuestro amado Padre quiere morar en nuestras almas y edificar en ellas su templo. Así como San Pablo nos dice, estamos llamados a ser templo del Espíritu Santo (1Cor 6,9). Entonces, no son solamente las majestuosas y hermosas catedrales donde el Señor mora en el Sagrario; sino que en todo momento y en todo lugar podemos encontrarlo en nuestro propio corazón, que se convierte en tabernáculo de su gracia. Así habla el Padre en el Mensaje con respecto a la acción del Espíritu Santo:

*“La obra de esta Tercera Persona de mi Divinidad se realiza sin bullicio, y a menudo el hombre no lo percibe. Pero para Mí es una manera muy apropiada de permanecer, no solo en el Tabernáculo, sino también en el alma de todos aquellos que están en estado de gracia, para establecer allí Mi trono y morar siempre ahí, como un verdadero Padre que ama, protege y asiste a su hijo. ¡Nadie puede imaginar la alegría que experimento cuando estoy a solas con un alma!” **

¡Tomemos consciencia de que, de esta manera, el Padre está siempre en nosotros e inicia un intercambio de amor con nosotros! Su presencia divina impregna nuestro interior, y cuando permitimos que el Espíritu Santo actúe en nosotros, se hará cada vez más natural la relación confiada e íntima con nuestro Padre. El Espíritu Santo mismo hará a un lado todos los obstáculos. En el alma se asienta entonces la seguridad del amor y queda fortalecida por dentro. Los dones del Espíritu Santo hacen de ella un glorioso templo, en el cual nuestro Padre puede morar gustosamente y edificar su trono.

La inhabitación de Dios en el alma está prevista para cada persona, pues ¡cómo podría Él olvidar a sus creaturas, a las cuales ha llamado a la vida! Salgamos junto al Señor a echar la red del amor, para que muchas personas respondan a su invitación y, retornando al estado de gracia, pueda Dios edificar en ellas su trono.

El Amor paga todo



*“Aunque vuestros pecados fuesen repugnantes como el fango, vuestra confianza y vuestro amor me los harán olvidar, a tal punto que no seréis juzgados. Es verdad que soy justo, ¡pero el amor lo paga todo.” **

Nuestro Padre habla aquí de pecados graves y repugnantes, que quizá a nosotros mismos nos cueste perdonarnos. No pocas veces sucede que las personas, una vez que reconocen la magnitud de sus culpas, caen en desesperación y no son capaces de perdonarse a sí mismas. Así, bloquean su propia vida y, a pesar de haber recibido el perdón de Dios, el pecado sigue proyectando su sombra sobre ellas.

Y en este contexto viene a nuestro encuentro la invitación del Padre, en la que contrarresta con su amor toda tendencia autodestructiva del hombre. Él quiere devolvernos la libertad y la dignidad que han sido heridas por el pecado.

Escuchemos con atención: nuestra confianza y nuestro amor harán que Dios olvide nuestros pecados. Él no quiere pensar más en ellos; nuestras deudas han sido sal-

dadas. ¡Jesús nos ha rescatado a precio de su propia sangre! Ahora se trata de que permitamos que el amor de nuestro Padre cale en nosotros como una certeza inquebrantable, y que este amor ahuyente las sombras del pecado.

Entonces, vemos que Dios no guarda en su memoria nuestros pecados, pero sí cada pequeño gesto de amor, cada mirada que le dirigimos, cada palabra de agradecimiento a Él, cada acto de confianza en Él... Gracias al perdón de los pecados, incluso de los más graves y repugnantes, crece aún más nuestra gratitud y alabamos tanto más fervorosamente la generosidad de Dios.

De este modo, también se ensanchará nuestro corazón en relación a las otras personas, aun si éstas se han contaminado con los pecados más repugnantes y repulsivos. Si están dispuestas a la conversión y Dios perdona y olvida sus pecados, ¿quiénes somos nosotros para echárselos en cara y acusarlos? ¿Acaso no estamos ejerciendo así una manipulación ilegítima sobre ellos? Tal actitud de nuestra parte sería muy distinta a cómo nos trata Dios a nosotros.

¿No estamos llamados a asemejarnos a Dios? Él no se deja ganar en generosidad, pero podemos intentar alcanzarlo e imitarlo.

Así es nuestro Padre



*“No temas a nada ni a nadie, pues Yo soy tu Padre.”**

Una y otra vez nos encontramos con esta exhortación, tanto en las Escrituras como en el Mensaje del Padre. Es como si nuestro Padre quisiera que estas palabras penetrasen en lo más profundo de nuestra alma, donde aún pueden esconderse diversos miedos, que quieren coartar nuestra vida y arrebatarnos la libertad. Y la razón que nos da para no temer es tan sencilla como profunda: *“Yo soy tu Padre.”*

Estas palabras lo expresan todo: la solícita bondad de nuestro Padre, su Omnipotencia que se extiende a todos los ámbitos, la limitación e impotencia de los poderes de las tinieblas, la sabiduría de nuestro Padre, que es capaz de servirse incluso de nuestros rumbos equivocados para nuestro bien si se lo pedimos. Nada está escondido ante Él; todo está desvelado a sus ojos. Nuestro Padre es capaz de penetrarlo todo e incorporarlo en el plan de salvación de su amor.

Y, sobre todo, Él es nuestro amoroso Padre, en quien podemos confiar sin reservas. Dios no puede ni quiere

actuar de otro modo que en el amor y la justicia, y no hay en Él sombra alguna.

¡Así es nuestro Padre! ¿A quién, pues, habríamos de temer? ¿Por qué deberíamos temblar?

Ciertamente, tendremos que rendir cuentas de nuestra vida y no podemos desviarnos deliberadamente, apoyándonos en una falsa confianza en Dios.

Pero, mucho más allá de nuestra buena voluntad, nuestro Padre está siempre dispuesto a salir a nuestro encuentro y, de hecho, lo hace en todo momento.

Y cuando notamos que aún no tenemos buena voluntad o que ésta no es lo suficientemente fuerte, podemos recurrir a nuestro Padre pidiéndole que nos dé buena voluntad y que la fortalezca. En toda nuestra debilidad, invoquemos a Dios con el Nombre que Él tanto ama: ¡Padre!

Entonces penetraremos en su amoroso corazón y Él se apresurará a salvarnos. ¡Así es nuestro Padre!

Yo conozco tu corazón



*“Yo conozco tu corazón y sé que me amas. A fin de cuentas, esto es lo decisivo, porque el amor todo lo perdona.”**

Estas palabras del Padre nos recuerdan a aquella frase de oro atribuida a San Agustín: *“Ama y haz lo que quieras.”*

Conforme a esta máxima, el amor es el criterio definitivo para actuar y, de por sí, conduce a la acción correcta. En consecuencia, nuestra tarea es buscar el verdadero amor, reconocerlo, beber de él y vivir en él.

Ahora, podemos aplicar esto también a las palabras que inicialmente escuchamos. Si nuestro corazón le pertenece totalmente a Dios, si Él lo ha conquistado con su amor, si le hemos correspondido con la entrega de nuestro corazón y permanecemos en el amor (1Jn 4,16b), entonces el Padre puede estar seguro de nuestro amor.

Él conoce nuestro corazón y sabe que no queremos apartarnos de Él jamás. Nuestro corazón se ha convertido en el trono de nuestro Padre, porque a Él se lo hemos entregado. Junto a San Pedro podemos decir:

“Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te quiero” (Jn 21,17b).
Y el Padre nos responderá: “Sí, Yo conozco tu corazón y sé que me amas.”

De esta certeza brota una gran libertad, porque un corazón guiado por el amor de Dios y el amor a Dios deja atrás todos los miedos y las preocupaciones terrenales. Ha emprendido el camino correcto, y todo lo que venga - sea lo que fuere - podrá verlo y afrontarlo en este amor.

Desde la perspectiva de nuestro Padre, lo esencial ha sucedido ya en este corazón. Lo que Él busca son corazones totalmente entregados a Él, porque sabe que en todas las situaciones sabrán actuar en su amor. ¡Y eso es lo que cuenta! Aunque esta persona no haya superado aún todas sus debilidades y no logre cumplir todos los propósitos que quisiera, el amor encontrará el camino correcto. ¡Y *“el amor cubre multitud de pecados”* (1Pe 4,8)!

El Padre queda muy contento con un corazón que le pertenece, porque éste ha hallado la brújula segura, de modo que Él puede confiarle sus deseos.

¿Qué le dijo el Señor a Pedro cuando éste le aseguró que le amaba?

“Apacienta mis ovejas” (Jn 21,17).

¿Y qué nos dirá a nosotros?

Abismo de Amor



*“Hijos míos, Yo soy la fuente de todas las gracias y beneficios; pero, aún más, soy un abismo de amor. ¿Habéis contemplado el inmenso Océano de Mi misericordia? Venid, ved y sumergíos en la inmensidad de Mi amor.” **

El Padre nos invita una y otra vez a sumergirnos en su amor. Todos los místicos hablan de ello y anhelan ser envueltos y transformados por este amor.

Entre las tres virtudes cardinales, el amor tiene la primacía y es la mayor, y San Pablo nos deja muy en claro que incluso los dones carismáticos nada aprovechan al hombre si el amor no habita en él (cf. 1Cor 13,1-3).

Entonces, lo más importante es el amor, que experimentamos a plenitud en Dios y que podremos acoger en la medida en que nuestro corazón esté preparado para ello. No cabe duda de que crecemos en el amor cuando realizamos obras de caridad, que efectivamente debemos practicar con fervor.

Sin embargo, conforme a las palabras que hoy escuchamos en el Mensaje del Padre, es necesario que primero conozcamos y descubramos mucho más a profundidad este amor y que encontremos en él nuestro hogar. Esto es lo que el Padre nos ofrece...

Así, nuestra mirada se dirige, en primera instancia, al océano de la misericordia del Padre Celestial. Si estamos seguros de su misericordia, de que podemos acudir a Él con todo lo que somos y tenemos, incluidas nuestras sombras, entonces podremos sumergirnos en su amor sin límites.

Habrá crecido entonces aquella confianza, que es el prerequisite de nuestra parte para abandonarnos totalmente en el Señor. Ahora tenemos que conocer el “abismo de su amor”. Para arrojarnos en él, no hay necesidad de aseguramientos, ni de reservas o condiciones. Antes bien, podemos simplemente lanzarnos a los brazos de Dios, y entonces nos encontraremos siempre y por doquier sólo con su amor.

Este amor derribe las durezas de nuestro corazón. Es un fuego espiritual que arde, calienta e ilumina, sin nunca quemarnos. Nos encontramos aquí con el Espíritu Santo mismo, el amor entre el Padre y el Hijo. Una vez que hayamos conocido el abismo de este amor, nunca más querremos salir de él, sino permanecer para siempre, porque allí está nuestro Señor.

Pero aún estamos en nuestra peregrinación por este mundo, y tenemos que cumplir nuestro servicio como hijos del Padre Eterno, para que también otras personas conozcan a Aquel que las rodea con amor eterno. Así, podríamos encontrarlos en el dilema de San Pablo, que, por un lado, hubiera querido partir a su hogar eterno, pero finalmente, por causa de aquellos que le habían sido encomendados, decidió quedarse un tiempo más en este mundo (Fil 1,23-25).

El Tiempo es oro



*“El tiempo es oro. Aprovechalo a plenitud.”**

Nuestro Padre Celestial nos ha encomendado el breve tiempo de nuestra vida terrena para que lo empleemos alabándolo y sirviéndole como verdaderos hijos. Aunque *“nuestros años se acaban como un suspiro”* (Sal 89,9), son tiempo suficiente para atesorar tesoros imprecaderos en el cielo (Mt 6,20). El grado de cercanía que tengamos con nuestro Padre en la eternidad dependerá también de qué tanto respondamos a su amor y trabajemos en su Reino durante esta vida.

El Padre nos confía talentos, ya sean muchos o uno solo (cf. Mt 25,14-30); pero depende de nosotros cómo los usemos y hagamos fructificar. No tiene sentido quejarnos de que, aparentemente, hemos recibido sólo pocos talentos. Lo que sí tiene sentido y cuenta es que aquello que hayamos recibido de nuestro Padre lo multipliquemos hasta que se convierta en un gran tesoro, con el que podamos mostrarle nuestro amor y gratitud y servir a los hombres.

La prudencia cristiana significa estar muy atentos a las diversas oportunidades que el Padre, en su bondad, nos ofrece, aprovechándolas de tal manera que den el mayor fruto posible. Aquí puede servirnos el impulso de hoy: *“El tiempo es oro. Aprovechalo a plenitud.”*

Así, cada instante de nuestra vida se nos convierte en una bondadosa invitación del Padre a *“hacer buen uso del tiempo”*, como nos exhorta el Apóstol de los Gentiles (Ef 5,16). El tiempo se torna un valioso “kairós” de la gracia y nos permite despertar plenamente al HOY y al AHORA. Esto implica también dejar atrás cosas inútiles y sin sentido, para poder aprovechar plenamente el tiempo, en lugar de malgastarlo.

La fecundidad de nuestra vida no tiene que ver sólo con las obras visibles que realicemos. Cada oración en lo secreto, cada cruz que carguemos, cada pequeño gesto de amor, cada negación de nosotros mismos por causa del Señor, cada acto humilde de someternos confiadamente a la guía de Dios; en fin, cada oportunidad que se nos presente en el camino de la santidad es una invitación invaluable del amor de nuestro Padre Celestial para que el tiempo de nuestra vida terrena sea lo más fructífero posible.

¡Dios mismo será nuestra recompensa!

Gratitud eterna



*“¿Cómo podremos jamás agradecerte, oh Amado Padre, por tu amor y tu infinita misericordia?”**

Cuando tomamos conciencia del amor de nuestro Padre y admiramos sus obras, empieza a brotar en nosotros un “eterno gracias”, que desemboca en la incesante alabanza de su majestad.

Experimentamos entonces que nuestra gratitud no se agota jamás, porque con cada “gracias” que sale de nuestro corazón, vemos otro motivo más para agradecer y se nos abre una puerta más. Si pasamos por ella, nos hallaremos en una inmensa estancia, llena de luz, en la que percibimos aún más claramente cuán bondadoso es nuestro Padre y con cuánta ternura y amor se ha encargado de proporcionarnos todo lo que necesitamos.

Al final de esta estancia, hay otra puerta más. Llenos de confianza y gratitud la atravesamos. La nueva estancia en la que nos encontramos ahora es aún más luminosa que la anterior. Aquí reconocemos - no sin un cierto estremecimiento - de cuántos peligros nos ha preservado el Señor y de qué fango tan profundo ha tenido que rescatarnos a veces. Entonces nuestro corazón levanta sus ojos hacia el Padre, rebotante de gratitud, y no puede imaginarse que cabría en él más gratitud aún.

Pero también al final de esta estancia se vislumbra una nueva puerta, que en esta ocasión abre paso a una inmensa bóveda, llena de bri-

llantes luces. El alma entiende que ésta es la gracia que nuestro Padre ofrece a todos los hombres. Con más gratitud todavía, recorre esta nueva estancia, maravillada de cómo el Padre Celestial se ocupa de todo y no se olvida ni de una sola persona. Ahora la gratitud se vuelve aún más vasta.

Entonces el alma descubre una estancia lateral con una hermosa entrada, en la que ve personas que rezan e imploran fervientemente a Dios. Ella comprende que se trata de aquellos que siguen las mociones del Espíritu, intercediendo por otras personas, para que se salven.

Un poco avergonzada, porque sabe que también su propia conversión se la debe a las oraciones de otros, pero al mismo tiempo más agradecida aún, no sólo con Dios sino también con estas personas orantes, el alma sigue avanzando hasta que ve otra magnífica puerta lateral. Llena de alegría pasa por ella y ve a una hermosa mujer, que mira fijamente a Dios e intercede por los hombres. Está rodeada de ángeles y santos, que oran junto a Ella. El alma entiende que es nuestra amada Madre y la Madre de Dios.

¿Qué más puede hacer ahora el corazón, que desborda de gratitud?

Entonces ve al final del camino el portal más magnífico de todos. Dos gloriosos ángeles custodian la entrada. El corazón comprende que es la entrada a la eternidad.

Ahora ya no puede seguir avanzando, porque aún no ha llegado su hora. Pero contempla aquel portal con profundo anhelo, gratitud y expectación. El alma sabe que tendrá toda la eternidad para dar gracias al Padre y que nunca llegará al final.

Una espada de fuego en las manos de Dios



*“Dirigidme vuestra oración, para que yo pueda llevar a cabo la obra de mi amor en todas las almas.”**

Una de las más bellas y fructíferas tareas que nuestro Padre nos encomienda es la oración. No sólo tiene un valor inestimable para nuestra propia santificación; sino que beneficia a toda la humanidad.

¿Qué es lo que hace que la oración sea tan valiosa, a tal punto que existan en nuestra Iglesia vocaciones que le consagran toda su vida, retirándose del mundo y considerándola como su principal misión para la Iglesia y el mundo, junto con el camino de la santidad?

¿Qué es lo que mueve a la Virgen María a aparecerse una y otra vez, y a decirles con insistencia a los videntes - por ejemplo a Mariette en Banneux (Bélgica) - que recen mucho?

La oración devota y llena de fe abre paso a un diálogo confiado con Dios. Trae luz y gracia a nuestra alma y al mundo entero. Ahuyenta los poderes de las tinieblas y puede desatar el actuar de Dios en las situaciones concretas (cf. p.ej. Ap 8,3-4).

La oración es un puente del cielo a la tierra y de la tierra al cielo; una escalera por la que descienden y suben los ángeles, llevando nuestras oraciones ante el trono de Dios (cf. Gen 28,12).

“Como nosotros no sabemos pedir como conviene, el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inenarrables” (Rom 8,26). Entonces, es el Espíritu Santo quien ora en y con nosotros, y Él mismo nos impulsa a la oración.

Los *“verdaderos adoradores”*, que adoran al Padre *“en espíritu y en verdad”* (Jn 4,23), se convierten en una espada de fuego en las manos de Dios. Su oración brota del Corazón de Dios, así como de lo más profundo de su propio corazón. Es capaz de atravesar toda niebla, de superar todo obstáculo y de conducir de vuelta a Dios.

El Padre nos llama a ser cooperadores de la salvación y quiere incluirnos en la obra salvífica, porque, como dice San Agustín, *“Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti”* (San Agustín, Sermo, 169,13). Así, la oración se convierte en una constante y atenta escucha de su Voluntad, y nos comunica además la gracia para cumplirla de forma fructífera.

Nuestro Padre nos pide nuestra oración para llevar a cabo su “obra de amor” en todas las almas. Él quiere realizar su obra en íntima cooperación con nosotros. ¡Qué honor para el hombre, y qué gran petición del Padre para la salvación de la humanidad!

No perder el ánimo



En la oración, escuché un día estas palabras: *“No te desanimes cuando el mal parezca triunfar. Son victorias pírricas, victorias ficticias, después de las cuales viene la derrota y la separación definitiva entre el bien y el mal.”* *

Cuando notamos cómo el mal parece triunfar en el mundo y a nuestro alrededor, la gran tentación que nos sobreviene es la de perder el ánimo, tirar la toalla e indirectamente darle así mayor poder al mal. ¡Pero no debería ser así!

La frase mencionada anteriormente quiere dejarnos en claro que las victorias del mal no son más que un engaño. Al fin y al cabo, Dios sabe incluir en su plan de salvación incluso a los poderes de las tinieblas, y éstos jamás pueden ir más allá de lo que Dios les permite.

Si, con la ayuda de nuestro Padre, nos armamos de valor en medio de las aparentes victorias del mal y lo invocamos con confianza, aferrándonos a la certeza de que Él se vale de todo para el bien de los que le aman (cf. Rom 8,28), entonces les estamos arrebatando a los poderes de la oscuridad su supuesto triunfo.

Pensemos en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Satanás pensaba haber triunfado sobre Él, al igual que los ennegrecidos jefes religiosos de aquella época. Sin embargo, su aparente victoria se convirtió en su mayor derrota, y la separación entre la luz y las tinieblas prosiguió su curso.

Es nuestro Padre quien tiene nuestro destino en su mano (cf. Sal 31,16), y Él nos invita a no dejarnos llevar por cualquier pensamiento y sentimiento que quiere desanimarnos o incluso deprimimos.

Cuando ya no tenemos más fuerzas, clamamos a nuestro Padre.

Cuando perdemos el ánimo, Él es nuestra esperanza.

Cuando vemos que el mal parece triunfar, recordamos que no son más que victorias pírricas, victorias ficticias, en las cuales se vislumbra ya su derrota.

Los poderes de las tinieblas jamás alcanzan victorias nobles. Siempre llevan el germen de la maldad en su interior.

Cuando tenemos que padecerlas, unimos nuestro sufrimiento con el de Nuestro Señor Jesucristo, haciéndolo así fructífero para su Reino y convirtiéndolo en oro indestructible en la cámara del tesoro de nuestro Padre.

¡No perdamos el ánimo! ¡El Padre está siempre con nosotros!

Confía en mí



*“¡Confía en mí, yo soy tu Padre!”**

Estas palabras sintetizan lo que una y otra vez hemos tematizado en estos impulsos diarios. Nuestro Padre Celestial quiere que tengamos una confianza sin reservas en Él. La razón es sencilla y, al mismo tiempo, profunda e insondable: *“Yo soy tu Padre”*. ¡Esto basta!

Es como si el Padre quisiera decirnos: “Siendo tu Padre del cielo, no puedo sino amarte. Cuando lo entiendas, reconocerás que esta certeza es motivo suficiente para darme toda tu confianza. En mí estarás siempre cobijado.”

Confiar significa soltar todos los proyectos de vida que hemos diseñado, todas las ilusiones, y entregárselas completamente a Dios, junto con todo nuestro ser. Precisamente en esto radica lo grande, lo que transforma nuestra vida, porque de esta manera nuestro Padre se convierte realmente en el centro de todo nuestro pensar y actuar. Más aún, permitimos

que Dios tome las riendas de nuestra vida y nos dedicamos a practicar las “*obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos*” (Ef 2,10).

Aunque nos confrontemos con cuestiones y circunstancias que no podemos entender y que superan nuestra capacidad, nos ponemos en manos de nuestro Padre. Así, éstas no se convierten en dudas persistentes que nos corroen; sino que yacen en la Sabiduría de Dios. ¡Quizá Él nos las haga comprender a su debido tiempo!

Tanto el pasado, como el presente y el futuro pertenecen a nuestro Padre, y de su mano los aceptamos. ¿Y por qué podemos entonces vivir en verdadera despreocupación? ¡Sencillamente porque nuestro Dios es un amantísimo Padre! ¡Es así de simple y así de cierto!

Motivo de alegría para el Padre



Si queremos profundizar en la relación con nuestro Padre Celestial, es importante tomarnos el tiempo para estar a solas con Él. Podrían enumerarse muchos frutos que surgen de esta intimidad. Sin embargo, hay una razón que puede ser nuestra principal motivación para buscar y cultivar este diálogo silencioso con nuestro Padre. Él mismo la menciona:

*“¡Nadie puede imaginar la alegría que experimento cuando estoy a solas con un alma!”**

Sabemos que Dios siempre tiene tiempo para nosotros. Nunca acudimos a Él en vano; Él siempre nos escucha cuando lo invocamos (cf. Sal 4,4). Y este mismo Dios se alegra cuando nos tomamos tiempo para Él, buscando solamente su presencia y estando a solas con Él.

¿No es una de las cosas más hermosas en esta vida poder traer alegría a otras personas? Ciertamente todos lo hemos experimentado. ¡Y qué triste es cuando las personas no conocen esta dimensión del amor y no quieren

ser motivo de alegría para otros ni tampoco disfrutaban ellas mismas esta alegría!

Y si es hermoso traer alegría a las personas, ¡cuánto más lo es concederle a nuestro Padre la dicha de estar a solas con Él y dedicarle tiempo! Para el Señor esto es una prueba de nuestro amor, que significa que su amado hijo está dispuesto a acoger su amor y que Él puede infundir en su corazón todo lo que le tiene preparado.

Entonces, se nos encomienda la tarea de complacer al Señor del cielo y de la tierra, más aún, de traerle una alegría tan grande que ni siquiera podemos imaginarla.

Y la forma de hacerlo es tan sencilla: simplemente estar con Dios y abrirle el corazón, así como María se sentaba a los pies de Jesús y le escuchaba (cf. Lc 10,39), y el discípulo amado se recostaba sobre el pecho del Señor (cf. Jn 13,25).

¿Y no es aún más hermoso que, al hacerlo, no tengamos en mente como primera meta nuestro propio crecimiento espiritual, sino simplemente el de alegrar a nuestro Padre con nuestra presencia? Tal vez a Él le agrade que simplemente le cantemos: “*Abbá, Abbá, Abbá...*”

Dios siempre ama



*“Si supieras cuánto te amo, estarías siempre alegre.”**

Si interiorizamos una afirmación tal, nuestro Padre podrá atravesar todas las tinieblas que pueden difundirse en nuestra alma. Así, todos los “no” en nosotros podrán desvanecerse a través de su amoroso “sí”.

La gran promesa del Corazón de Dios y la seguridad de su amor es más fuerte que todo lo demás, y nos hace entender las palabras de San Pablo: *“Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos”* (Fil 4,4).

Cuando Dios mismo se convierte en la fuente de nuestra alegría, ésta transforma nuestra vida y se vuelve fecunda también para otras personas. De esta fuente brota una profunda afirmación a la vida, que es capaz de penetrar aun en las más difíciles circunstancias de vida. Esta alegría es como el agua viva que debe fluir de nuestra vida al mundo.

Entonces, ¿cómo podemos alcanzar esta alegría? En el encuentro diario con nuestro Padre, en el diálogo ínti-

mo con Él, en la escucha de su Palabra, en la recepción de los sacramentos que nos brinda a través de su Iglesia, en las obras de misericordia, en la meditación de su bondad...

¿Y qué tenemos que evitar para que ella eche raíces en nosotros? Tenemos que refrenar los pensamientos negativos, no dejarnos llevar por nuestras malas inclinaciones y distracciones, no ceder a la atracción del mundo y de la carne...

El tiempo propicio

*“El tiempo es propicio; no dejéis escapar el amor que se ofrece a vuestro corazón de forma tan palpable.”**

Vivimos en el tiempo de la gracia, en el así llamado “Kairós”. La puerta al Corazón de Dios está abierta de par en par gracias a su Hijo. Está abierta para todos los hombres, si aceptan la invitación de Dios y se vuelven a Él. Pero, además de este tiempo de gracia para la humanidad a nivel general, el Señor nos concede una y otra vez momentos de gracia particular.

Con las palabras que hemos escuchado al inicio de esta meditación, el Padre se dirige especialmente a aquellos que se abren al mensaje de amor que Él ofrece a la humanidad por medio de la Madre Eugenia Ravasio. Si abrimos el oído a las palabras del Padre, que hablan directamente a nuestro corazón, recibiremos la gracia de encontrarnos de una manera especial con el amor del Padre y de acogerlo.

En nuestro seguimiento de Cristo, llegan una y otra vez momentos en los que tenemos que dar un paso espiritual

importante para avanzar en nuestro camino.

Si aprovechamos este momento y la gracia que trae consigo, puede suceder que seamos capaces de hacer realidad algo que quizá llevábamos muchos años intentando. ¡Es una hora de gracia!

A esto hace alusión nuestro Padre, dándonos a entender que, con su aparición a la Madre Eugenia, se le ofrece a la humanidad una gracia especial, a saber, la de acoger ese amor paternal suyo, que de tantas maneras y con tanta ternura nos expresa. Por eso, nuestro Padre nos exhorta a “no dejar escapar” esta hora de gracia. Sí: hemos de captarla y aprovecharla, para despertar al amor que nuestro Padre nos ofrece.

“Ojalá escuchéis hoy su voz: ‘No endurezcáis el corazón’ – nos exhorta el salmista (Sal 94,7b-8a). Aplicando estas palabras al pasaje de hoy, podemos decir: “Hoy queremos acoger con todo nuestro corazón tu ofrecimiento, y abrir sus puertas de par en par para el amor que nos ofreces.” Si esto sucede, el amor del Padre ensanchará nuestro corazón y lo atraerá cada vez más a su Corazón.

No te apoyes en tu propia inteligencia



*“Confía en el Señor de todo corazón y no te apoyes en tu propia inteligencia.”**

¡Cuán fácilmente tendemos a buscar nuestra seguridad en nosotros mismos o en las cosas pasajeras! Sobre todo si tenemos dotes intelectuales, creemos que podemos superarlo todo con la inteligencia humana. No obstante, precisamente esto es una gran necesidad.

En efecto, las dimensiones más profundas de la existencia no pueden ser captadas por la inteligencia humana. Por eso, la verdadera sabiduría e inteligencia consiste en no apoyarse en ella, sino atribuirle únicamente el ámbito que le compete y en el que puede desplegar su valor.

Confiar en el Señor de todo corazón es otra cosa. Por eso, los Proverbios en la Sagrada Escritura nos exhortan una y otra vez a apoyarnos totalmente en Dios. Para dar este paso, la inteligencia supervalorada puede incluso ser un

obstáculo, porque no quiere abandonar la supuesta seguridad que nos ofrece.

Pero si renunciamos a este suelo inseguro de nuestro propio “yo” y nos entregamos con toda nuestra existencia al Padre, apoyándonos sólo en Él, entonces nos adentramos en la luz brillante de la sabiduría.

Nos percatamos así de la amorosa realidad que nos rodea. Nuestro “yo” disminuye; mientras que el “Tú” de Dios crece. Y en la medida en que este “Tú” crezca en nuestra vida, ésta se vuelve más abundante, más agraciada, más sobrenatural, más segura y más llena de amor.

Entonces el corazón habrá encontrado su sitio: le pertenece al Padre. En Él encuentra su hogar y permanece para siempre.

Nuestro Padre nos educa



*“Dios os trata como a hijos, ¿y qué hijo hay a quien su padre no corrija?”**

En un primer momento, quizá estas palabras suenan atemorizantes para algunos. Pero este susto no es justificado, porque nuestro Padre no quiere otra cosa más que darnos aquella formación que necesitamos para alcanzar nuestra meta.

¡Qué extraño sería si Dios no se preocupase de nosotros y simplemente nos dejase continuar en nuestros caminos equivocados! ¡Cuán distinto es el amor de nuestro Padre de la voz seductora del Maligno!

En su “Breve relato sobre el Anticristo”, el autor Vladimir Soloviev describe el encuentro del Anticristo con un poder oscuro que se le presenta como “su padre” y le dirige las siguientes palabras:

“Te amo y no pido nada de ti. Eres perfecto, poderoso y grande. Cumple tu obra en tu nombre y no en el mío. No te tengo envidia, te amo. (...) Yo no pido nada de ti, al contrario te ayudaré. Te ayudaré por ti mismo, por amor a tu dignidad y excelencia, por el puro y desinteresado amor que te tengo.”

Aquí se hace totalmente evidente la diferencia. Mientras que el Padre Celestial quiere formarnos a su imagen y nos envía al Espíritu Santo para que no fallemos nuestra meta, el espíritu del mal genera ilusiones para atrapar al hombre en su vanidad y enceguecerlo. Finge amarlo desinteresadamente al dejarlo tal como es.

Nuestro Padre, en cambio, hace todo lo posible por atraernos a sí mismo a través del amor y guiarnos a la santidad. Él nos ama y nos concede la salvación, pero no nos deja a merced de nuestra miseria, sino que quiere sacarnos de ella.

En el aprieto me dieste anchura



*Cuando me encuentro con un corazón abierto, quiero darle todo y, a través suyo, agasajar también a otras personas.**

Nuestro Padre puede servirse de un corazón que se ha abierto a Él. De hecho, además de amar a cada persona con un amor único y colmarla con su gracia, Dios tiene siempre bajo su amorosa mirada a la familia humana en su totalidad. Así, podemos notar que, cuando nos esforzamos sinceramente por recorrer el camino de la santidad y responder al amor de nuestro Padre, Él nos incluye en su plan de salvación.

Cada mínimo sacrificio, cada pequeña negación de sí mismo, cada soportar de una situación en paciencia puede crecer hasta convertirse en un manantial de gracia, que no sólo nos transforma a nosotros, sino que también puede servir a los demás como puerta y consuelo.

Pero, ¿cómo podremos conseguir un corazón tan abierto para que el Padre pueda colmarlo con sus do-

nes? No pocas veces, nuestro corazón sigue estando cerrado y nos cuesta amar de verdad.

Cuando nos veamos atrapados en la estrechez de nuestro corazón, deberíamos, por una parte, pensar en nuestro Padre e imaginarnos cuánto Él se alegra cuando nos abrimos a Él con una sencilla oración, aunque sea sólo en un acto muy débil: *“Tú que en el aprieto me diste anchura, Tú me librarás; Tú, el Dios leal”* (cf. Sal 4,1; 30,6).

Por otra parte, podemos pensar en nuestro prójimo: ¡Qué bendición sería para él que nuestro Padre pudiera amarle a través nuestro y que pudiese encontrarse con Dios por medio de nuestro amor! Tal vez aún no tiene acceso directo a Dios, pero es sensible al verdadero amor. Entonces podríamos convertirnos para él en un puente para encontrarse con el amor de nuestro Padre.

No nos asustemos si a veces percibimos en nosotros una resistencia a dar pasos hacia un amor más grande. Simplemente presentémosle al Señor nuestro corazón imperfecto y pidámosle un corazón nuevo.

Con mi Dios asalto la muralla



*“Fiado en ti, fuerzo el cerco, con mi Dios asalto la muralla.” **

Nuestro Padre nos da la valentía de hacer grandes cosas con Él. No pocas veces se levantan “cercos y murallas” en el camino de seguimiento del Señor, que quieren desanimarnos: obstáculos que parecen insuperables, una dificultad tras otra, contrariedades y quizá incluso enemistades concretas.

Si tiramos la toalla, las dificultades habrán vencido sobre nosotros. En cambio, si nos armamos de valor confiando en el Señor, nos enfrentaremos a ellas y lucharemos. Entonces comenzaremos a forzar los cercos y asaltar las murallas.

Dios nos equipa con todo lo que necesitamos para el camino en pos de Cristo. Nuestra vida y nuestras obras a partir de la fe no deben limitarse a mantenernos alejados del mal. Nuestro Padre quiere enviar su luz a este mundo a menudo tan desolado, pero encuentra resistencias. Si nosotros vivimos como “hi-

jos de la luz” (cf. Ef 5,8), siendo sus mensajeros, nos enfrentaremos a las mismas circunstancias que Jesús encontró: “La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron” (Jn 1,5).

Así, nuestro Padre llama a los suyos a enrolarse en el ejército de su Hijo para la batalla entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. Con Él serán asaltadas las murallas que impiden a los hombres reconocer a su Padre Celestial. Con Él serán forzados los cercos que erigen los poderes de las tinieblas para esclavizar a los hombres.

Para ello necesitamos valentía y el espíritu de fortaleza. Las fortalezas del príncipe de la oscuridad han de ser derribadas en todos los niveles. Sólo lo conseguiremos a través de Aquel de quien dice la Revelación de San Juan: “*Salió en plan victorioso, para seguir venciendo*” (Ap 6,2), “*juzga y combate con justicia*” (19,11b) y “*los ejércitos del cielo (...) le siguen sobre caballos blancos*” (19,14).

En este ejército del Cordero quiere enrolarnos el Padre. ¡Qué gran honor para nosotros!

Mirar al Padre desde la cruz del mundo



*“Desde la cruz de este mundo, que causa tanto sufrimiento, elevad conmigo la mirada al Padre.”**

Quien tenga ojos para ver y oídos para oír, ciertamente percibirá que se ciernen tiempos oscuros tanto sobre el mundo como sobre la Iglesia. A causa de la pérdida de fe y la falta de una orientación clara por parte de la Iglesia, son cada vez menos los rayos de luz que brillan sobre el mundo, que con tanta urgencia necesita la luz de la Iglesia. El pecado y la confusión se proliferan. Con frecuencia sucede que ya no se llama al pecado por su nombre e incluso puede producirse una diabólica inversión de valores.

Precisamente en estos tiempos es importante no dejarse engullir por la gravedad de los acontecimientos ni mucho menos caer en desesperación. Antes bien, hemos de elevar junto a Jesús nuestra mirada al Padre.

Jesús cargó en la Cruz todo el sufrimiento que sobrevino al mundo como consecuencia del pecado,

ofreciéndoselo al Padre. Él nos invita a hacer lo mismo. Unidos al Señor y mirando junto a Él al Padre, no sólo podremos cargar todo el sufrimiento que encontremos - ya sea a nivel personal, en las personas que nos rodean o en el mundo en general -, sino que además lo haremos fructífero.

Nuestro Padre permite el sufrimiento durante el tiempo de nuestra peregrinación por este mundo. Pero siempre está a nuestro lado, y, a través de su amor, el sufrimiento es arrebatado del sinsentido.

Precisamente en estos tiempos de confusión, el mensaje del amor inagotable de nuestro Padre Celestial será una gran luz para todos los hombres.

La Sagrada Escritura nos muestra hasta qué punto los hombres pueden alejarse de Dios, y nosotros mismos podemos constatarlo a nuestro alrededor, incluso en personas que nos son queridas. ¡Es un gran sufrimiento! Soportémoslo con la mirada puesta en el Padre, intercediendo por las personas y tratando de consolarlas *“mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios”* (2 Cor 1,4).

Nuestra generosa respuesta



*“Da al Altísimo como él te ha dado a ti, con ojo generoso, con arreglo a tus medios.” **

¡Qué maravillosa invitación a honrar a nuestro Padre y vivir en una relación de amor con Él! Se trata de cobrar cada vez más consciencia de su bondad y responder a ella con generosidad. Si seguimos esta sabia indicación, muchas cosas cambiarán.

En una ocasión, Santa Teresa de Ávila dijo que, si se le presentaban dos opciones, ella querría escoger siempre la más perfecta. Optó por este camino de perfección porque, después de haber llevado inicialmente una vida monástica más bien tibia, tuvo una experiencia con el Señor, en la que Él le dijo desde la cruz: “Mira lo que hago por ti. ¿Qué harás tú por mí?” Estas palabras inflamaron de tal forma su corazón, que desde entonces intentó hacer a un lado todo aquello que le impedía seguir el camino de la perfección.

¡Qué desafío tan fecundo de parte del Señor! Si uno se sumerge en el amor del Padre y del Hijo manifestado en la Cruz, dejando que el Espíritu Santo le muestre la magnitud de este amor, su corazón se inflamará, y este fuego se traducirá en el firme propósito de la voluntad de servir mejor al Señor, procurando no omitir nada que pudiera acrecentar el amor.

Es verdadera sabiduría reconocer con gratitud todos los dones que Dios nos ha dado para nuestra vida y ponerlos alegre y generosamente a su disposición, para que los utilice para sus planes de salvación.

Lo más valioso que podemos darle a nuestro Padre es nuestro corazón, porque Él quiere reposar en el corazón de sus criaturas. El Señor nos llama a ser apóstoles que, inflamados de amor, busquen almas mansas y delicadas para la expansión de su reino de amor.

¿Qué consejo nos da el Señor para llegar a ser tan generosos?

*“¿Habéis contemplado el infinito Océano de mi misericordia? Venid, mirad y sumergíos en la inmensidad de mi amor.”**

* Sir 35,9

No tener miedo ante nuestro amoroso Padre



Es importante cobrar conciencia de que, al amarnos, nuestro Padre se hace vulnerable. Podemos constatarlo especialmente en la Pasión de su Hijo. Un punto muy sensible para el Corazón del Padre es cuando tenemos un falso respeto hacia Él, derivado del miedo a Dios, que luego tiende a manifestarse también en la relación con sus representantes eclesiales.

Por muy importante que sea la reverencia y el debido respeto a Dios, es totalmente equivocado tener miedo de un Padre lleno de amor. En el Mensaje a Sor Eugenia, Él habla al respecto en estos términos:

*“Si Me amáis con un amor filial y confiado, tendréis también un respeto lleno de amor y reverencia hacia Mi Iglesia y sus representantes. No será un respeto como el que ahora tenéis, que os mantiene distanciados de Mí porque os doy miedo. Este falso respeto que ahora tenéis es una injusticia frente a la Justicia; es una herida en la parte más sensible de Mi Corazón; es un olvido, un desprecio a Mi amor paternal por vosotros.” **

¿No podemos acaso comprenderlo por nuestra propia experiencia humana?

Supongamos que amamos con todo nuestro corazón a una persona, pero ella nos tiene miedo y desconfía de nosotros. ¡Sin duda esto nos heriría! Lo mismo sucede en nuestra relación con nuestro Padre... Nuestra confianza le honra y llena su Corazón de alegría. El falso respeto, en cambio, nos aleja de Él y levanta barreras. El diablo, por su parte, se sirve de esta actitud nuestra para sus oscuros planes.

Escuchemos nuevamente la voz del Padre:

*“Lo que más Me entristecía de Mi Pueblo Israel, y lo que sigue entristeciéndome de la humanidad actual es este respeto mal entendido frente a Mí. Efectivamente, el enemigo del género humano se ha valido de esta astucia para hacer caer a los hombres en la idolatría y en los cismas. Sigue sirviéndose de ella y la usará una y otra vez en contra vuestra, para alejaros de la Verdad, de la Iglesia y de Mí. ¡Oh! ¡No os dejéis arrastrar más por el enemigo! ¡Creed en la Verdad que se os acaba de manifestar y caminad a la luz de esta verdad!”**

Entonces, estamos llamados a anunciar a este Dios lleno de amor y a dar testimonio de Él, para que las personas puedan superar todas las falsas impresiones e imágenes de Dios. Es un profundo deseo del Padre que los hombres lo conozcan, lo honren y lo amen como Él es en verdad. Sólo entonces podrá desplegarse a plenitud ese maravilloso amor de Dios por nosotros, regocijando nuestro corazón hasta lo más profundo. De esta fuente brota entonces un agua viva, que llegará a las almas de los sedientos y las saciará.

* Mensaje del Padre a Sor Eugenia Ravasio

El capitán



“Un niño estaba a la orilla de un gran lago y con sus brazos hacía señas para llamar a un barco que ya se encontraba en pleno curso. Se le acercó un hombre y le dijo: “¡No seas tonto! ¿Crees que el barco cambiará de rumbo sólo porque lo estás llamando?” Pero, efectivamente, el barco giró hacia la orilla, atracó y subió al niño a bordo. Mientras éste subía, le dijo al hombre: “¡No, señor, no soy tonto! El capitán es mi papá.”

Aprendamos la lección que nos da este niño. ¿Acaso Dios, nuestro Padre, ignorará nuestros clamores cuando lo invocamos con fe? Si supiéramos cuánto anhela nuestro Padre colmarnos de todo y hacer posible lo aparentemente imposible, entonces no nos sorprenderíamos de que su poderoso brazo se manifeste contra toda desesperanza. Al contrario, caminaríamos en aquella seguridad que tenía aquel muchacho a orillas del gran lago en la historia.

“¡Todo es posible para el que cree!” - nos dice el Señor en el evangelio (Mc 9,23), y sabemos bien con

qué insistencia nos exhorta una y otra vez a vivir en este nivel de fe y de confianza. El muchacho estaba convencido de que su padre vendría a buscarle. Su argumentación es esencial: “*El capitán es mi papá.*”

Esta misma certeza debe movernos a nosotros: puesto que Dios es nuestro amoroso Padre, podemos arrojarnos totalmente a sus brazos. No se trata de una confianza ciega en el destino ni de un sentimiento optimista de que todo saldrá bien. En situaciones difíciles y aparentemente desesperadas, esto no sería suficiente para estimularnos ni fortalecería a largo plazo nuestra fe. En cambio, al poner nuestra confianza en Dios de forma muy personal, sabiendo que Él es nuestro Padre y que este Padre es infinitamente bueno, nuestra fe se volverá brillante y fuerte.

Incluso en estos tiempos turbulentos, el Padre sigue siendo el capitán, aunque su tripulación no cumpla la tarea que le ha sido asignada.

¡No temas!



*“No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío.”**

El Apóstol Pablo exclama: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?”*, y nos asegura entonces que absolutamente nada – “ni la muerte, ni la vida, (...) ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las potestades, (...) ni cualquier otra criatura– podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor nuestro” (v. 38-39).

De muchas maneras nuestro Padre Celestial quiere darnos a entender que estamos en sus manos, que no debemos atemorizarnos por todos los peligros que rodean nuestra vida, ya sea que vengan de dentro o de fuera. Resulta particularmente importante tenerlo presente cuando las tribulaciones aumentan más y más. El Señor mismo, habiendo anunciado todas las catástrofes que sobrevendrían a la humanidad, nos dice: “Cuando comiencen a suceder estas cosas, erguíos y levantad la cabeza porque se aproxima vuestra redención.” (Lc 21,28)

“En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo” (Jn 16,33).

El Padre nos otorga la única verdadera seguridad, que sólo de Él puede venir. Él nos conducirá a través de este tiempo a la luz eterna. Nos asegura que somos suyos, que ningún día, ninguna hora, ningún instante transcurre sin que su amor nos envuelva.

¡Pero somos nosotros los que lo olvidamos con tanta facilidad, dejándonos intimidar o incluso amedrentar por las diversas dificultades! Entonces olvidamos rápidamente que las promesas de Dios tienen especial validez en aquellos momentos en que nos vemos amenazados. Desgraciadamente, olvidamos con demasiada prontitud que *“en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman”* (Rom 8,28).

¿Qué nos ayudará a afrontar tales situaciones? Digámosle a nuestro Padre: “Padre, en ti confío. Tú me has llamado por mi nombre y soy tuyo”.

Adán, ¿dónde estás?



*“El Señor Dios llamó al hombre y le dijo: ‘¿Dónde estás?’” **

Esta es la primera palabra que el Padre dirige al hombre después de haber caído éste en el pecado. Expresa todo el amor con que nos busca.

Esta búsqueda de Dios por nosotros continuará hasta que el hombre haya llegado a la eternidad, donde podrá acoger plenamente su amor y pasará de la fe a la visión beatífica.

Adán había perdido su inocencia originaria... La magnífica obra de Dios, que había creado al hombre a su imagen y semejanza e insuflado en él un alma inmortal, quedó empañada. La sombra del pecado lo sedujo y lo acompañará a partir de entonces.

“Adán, ¿dónde estás?” – Podemos percibir el sufrimiento de nuestro Padre en esta pregunta. Su criatura, a la que tanto había bendecido y favorecido, ¿dónde está ahora? ¡En la confusión!

“*Adán, ¿dónde estás?*” – Nuestro Padre llama al hombre dondequiera que éste se encuentre. Si está en la confusión, le invita a dejar atrás el camino del pecado y del error, y a aceptar la gracia de la Redención.

“*Adán, ¿dónde estás?*” – Una vez que el hombre empiece a escucharle y a responderle, Dios lo invitará a estar cada vez más cerca de Él.

“*Adán, ¿dónde estás?*” – Una vez que haya emprendido conscientemente el camino de seguimiento de su Hijo, el Padre lo invitará a una relación de amistad.

“*Adán, ¿dónde estás?*” – Una vez que el hombre viva en esta amistad, el Padre podrá confiarle sus más íntimos deseos.

“*Adán, ¿dónde estás?*” – Una vez que haya cumplido la tarea que le fue encomendada, Dios lo llamará a vivir para siempre con Él en el gozo celestial.

Entonces, Adán, habrás llegado a casa y el Señor Dios no tendrá que seguir buscándote...

La red del amor



*“Echaré una vez más la red de mi amor. ¡Echa la red conmigo!”**

¿Estamos dispuestos a cooperar en la gran pesca del Señor? ¿Aún tenemos la esperanza de que muchas personas encuentren la fe, precisamente en estos tiempos oscuros que se ciernen sobre la humanidad?

Pensemos en San Pedro. Había pasado la noche entera sin éxito en la pesca. Cuando el Señor le dijo que echara nuevamente las redes, primero replicó: *“Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada”*. Pero entonces Pedro añadió las palabras decisivas que todos deberíamos responder a la exhortación del Señor: *“Basta que tú lo dices, echaré las redes”*. Así lo hizo y pescó una enorme cantidad de peces (Lc 5,4-6).

Lo decisivo no es nuestra propia apreciación de si vale la pena echar una vez más la red del amor; sino la exhortación del Señor. Nosotros somos sólo sus colaboradores. Él quiere que echemos la red con Él,

confiando en su palabra, precisamente en estos tiempos en que muchas veces las personas se encuentran desorientadas, el testimonio de la Iglesia se ha debilitado, la política a menudo es corrupta y nuestro Padre está cayendo en el olvido.

Nuestro Señor quiere echar una vez más la red del amor para que los hombres sean atraídos por este amor, para que descubran el secreto de su existencia – ser hijos amados del Padre Celestial– y para que esta vida les dé la verdadera felicidad que buscan.

Ciertamente Él nunca ha dejado de echar la red del amor. Pero puede haber momentos en que se vuelva particularmente urgente hacerlo. Si no me equivoco, el tiempo presente es uno de estos momentos, pues *“todavía hay tantos que no se encuentran en las praderas que Yo he preparado para ellos.”**

*Palabra interior

Todo coopera para el bien de los que aman a Dios



*“A aquellos que aman a Dios, Él todo lo convierte en bien. Incluso sus extravíos y errores Dios los revierte en bien para ellos.”**

Probablemente en ningún otro momento nos encontramos con más fuerza con la amorosa Omnipotencia de nuestro Padre que en el perdón de nuestros pecados. Él se dirige a nosotros, los hombres, con su gran misericordia, para llamarnos a la conversión, para llamarnos de regreso a casa... La hora de la gracia está en vigencia; las puertas del Corazón de Dios están abiertas de par en par.

La conversión de una persona es ciertamente uno de los más grandes milagros, cuando deja atrás los rumbos del pecado y emprende el camino de la salvación. Por el otro lado, hubo personas que ya amaban a Dios y le obedecían; y, sin embargo, no estaban exentas de cometer errores. A algunas de ellas incluso las veneramos hoy en día como santos de la Iglesia...

Aquí nuevamente resplandece la amorosa Omnipotencia del Corazón insondable de Dios. Él se fija en el corazón del hombre. Si éste lo ama, ha sucedido ya lo esencial en él, porque su corazón está enfocado en Dios. Es esto lo que nuestro Padre pide: ¿Tu corazón me pertenece? Si es así y permanece así, entonces el Señor podrá valerse incluso de sus extravíos y errores para el bien de los que lo aman. La constatación de que también nosotros hemos emprendido caminos equivocados, de que no hemos sabido superar nuestras faltas, puede llevarnos a una profunda humildad y liberarnos de la soberbia. En efecto, la soberbia es probablemente lo que más nos separa de Dios. Por eso, nuestro Padre, en su sabiduría, se vale incluso de nuestros caminos equivocados como remedio para combatir este mal, que a su vez es raíz de tantos otros males.

Un corazón que ama sabrá descubrir aún más profundamente en ello la indecible fidelidad de Dios. Entonces, la gratitud al Padre derretirá aún más todas las asperezas que quedan en él y su amor a Dios crecerá. ¡Que nuestro Padre nos preserve de todo error! Pero, más importante aún: ¡Que nunca dejemos de amarle y que este amor no deje de crecer!

Santa despreocupación



*“Confiame todas tus preocupaciones y no te preocupes por nada.”**

La confianza y la despreocupación van de la mano cuando la relación con nuestro Padre Celestial se vuelve cada vez más profunda. Muchas cosas quieren agobiarnos y preocuparnos, haciéndonos la vida difícil. Pero el Señor mismo nos exhorta a una santa despreocupación: *“No estéis preocupados por vuestra vida: qué vais a comer; o por vuestro cuerpo: con qué os vais a vestir”* (Mt 6,25).

La santa despreocupación posee tanto el esplendor del paraíso perdido como también el sabor de la gloria que nos espera. No tiene nada que ver con un mero optimismo humano, ni mucho menos con la ligereza y temeridad. La verdadera despreocupación se cimenta sobre la certeza del amor que el Padre Celestial nos tiene, y es nuestra respuesta de confianza.

En efecto, ¿por qué habríamos de preocuparnos de las cosas como si todo dependiera de nosotros? Ésta sería

una carga que no nos corresponde llevar, y que ni siquiera seríamos capaces de soportar. El Señor, en cambio, nos invita a cargar sobre nosotros su yugo, asegurándonos que su carga es ligera (Mt 11,30).

Tal vez no nos resulta fácil tener esta profunda confianza en Dios. Desde la pérdida del Paraíso, nos cuesta recuperar la confianza originaria y natural, como la de un niño en su padre.

Pero esto es exactamente lo que quiere nuestro Padre Celestial. Cuando seguimos su invitación, entregamos el centro de nuestra existencia a su bondadosa guía, en vez de confiar en nuestras propias capacidades y esfuerzos.

Nuestro querido Apóstol Pablo lo describe en estos términos:

“Esta confianza la tenemos por Cristo ante Dios. No es que por nosotros seamos capaces de pensar algo como propio nuestro, sino que nuestra capacidad viene de Dios, el cual también nos hizo idóneos para ser ministros de una nueva alianza” (2Cor 3,4-6a).

¡Que así sea y que estemos cada vez más conscientes de ello!

Ojos abiertos



*“Cuanto contemplo con ojos abiertos lo que Tú, mi Dios, has creado, poseo ya aquí el cielo.”**

Necesitamos ojos que ven y oídos que escuchan (Mt 13,16). Una vez que éstos se abren, empezamos a contemplar la gloria de Dios. Descubrimos por doquier el amor del Padre en acción, ya sea para darnos a conocer directamente su amor, ya sea para colmarnos en sobreabundancia con su belleza, ya sea para curar lo enfermo, apartar de nosotros el mal e impulsarnos a hacer todo el bien infinito que el infinitamente Bueno dispuso que hiciéramos.

Los ojos de la fe empiezan a ver lo que está desvelado ante ellos, pero que permanece a oscuras y velado cuando no creemos ni conocemos a aquel Padre lleno de amor de quien todo procede.

La sola contemplación de las obras de la Creación puede suscitar en nosotros asombro e incluso arrobamiento. Cuando este deslumbramiento nos lleva a reconocer la gloria de Aquél que creó todas estas co-

sas, nuestros ojos se abren cada vez más y la ceguera se desvanece.

¿Puede haber algo más hermoso que descubrir por doquier el amor de Dios? Cuando caminamos por la vida así, con los ojos abiertos, el cielo empieza a brillar en nuestra vida, pues todo en ella exhala el amor de nuestro Padre Celestial, que en el cielo podremos acoger a plenitud y sin restricciones con toda la apertura de nuestro ser.

Mientras estamos en camino hacia allí, podemos ya vislumbrar el cielo. Cada vez que nos encontramos con nuestro Padre, Él abre más y más nuestros ojos para que empecemos a ver de verdad y para que ya aquí, en la Tierra, experimentemos su presencia como una realidad que nos llena de gozo. Entonces poseeremos ya aquí el cielo, como dice Santa Hildegarda de Bingen.

* Santa Hildegarda de Bingen

Nuestro corazón está hecho para Dios



*“El hombre no saboreará las verdaderas alegrías fuera de su Padre y Creador, pues su corazón está hecho sólo para mí.”**

¿A quién pertenece nuestro corazón? *“Donde está tu tesoro allí estará tu corazón”* –dice el Señor (Mt 6,21).

De las palabras del Padre Celestial se deduce que toda búsqueda y aspiración que no lo tenga a Él como meta no puede traernos verdadera alegría. Hemos sido creados para Dios, y mientras no correspondamos a ésta nuestra destinación, seguiremos buscando y divagando en el mundo.

A veces duele ver cómo las personas pasan de largo ante su felicidad. Ponen su esperanza en cosas materiales y en personas, en sus propias ilusiones y sueños de felicidad; y, sin embargo, las verdaderas alegrías están mucho más cerca de lo que podemos imaginar. No sólo están cerca, sino que están inscritas como un mensaje indeleble en nuestro corazón, y, en el fondo, el corazón lo sabe. Entonces, cuando el hom-

bre empieza a cuestionarse acerca de su identidad más profunda, se le puede decir: “Sigue el anhelo inscrito en lo más profundo de tu corazón, y entonces encontrarás la respuesta”.

Aunque el mundo nos presente tantos ofrecimientos y religiones sustitutivas, y a algunas personas les parezca innecesario seguir buscando a Dios, el anhelo en lo más profundo del corazón no se acallará del todo, porque el Padre mismo lo ha sembrado en nuestro interior.

En el trato con personas que aún no viven en una relación consciente con Dios, es importante escuchar atentamente hacia dónde se dirigen sus anhelos, sus deseos y sus ilusiones. Quizá podamos encontrar aquí un “enganche” para ayudarles a entender el amor paternal de Dios. En el Mensaje del Padre a Sor Eugenia queda claro que Él quiere llegar a los corazones de los hombres precisamente a través del anuncio de su amor paternal, porque la mayoría de las personas se dejarán tocar por el mensaje de que aquel que los creó es, al mismo tiempo, su Padre infinitamente amoroso. Así, también responderán a su anhelo más profundo, que tiene sed de Dios.

Entrégame todo



*“Entrégame todo lo que quiera agobiarte. ¡Yo soy tu Padre!” **

¿No es acaso una gran contradicción si, a pesar de conocer a nuestro Salvador y experimentar la bondad de nuestro Padre Celestial, seguimos pareciendo abatidos y deprimidos en la vida? ¿Acaso no sabemos adónde ir con nuestras culpas? ¿Ignoramos cuán dispuesto está Dios a perdonarlas una vez que nos arrepentimos sinceramente?

Entonces, ¿por qué andamos abatidos? ¿Por qué a menudo carecemos de la alegría natural y espiritual?

Tal vez seguimos llevando nosotros mismos las cargas que hace mucho debimos haberle entregado al Señor. De hecho, Él mismo nos dice: *“Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré”* (Mt 11,28).

Esto no significa que desaparezcan las cruces en nuestro camino. Pero, ¿cómo las sobrellevamos? ¿Unidos al Señor? ¿O intentamos superarlas con nuestras propias fuerzas?

¿Cómo lidiamos con los pensamientos y sentimientos melancólicos y sombríos? ¿Acudimos de prisa al Señor para hablarle de lo que nos agobia y permitir que Él toque estos sentimientos, mitigándolos o incluso eliminándolos por completo? ¿O les damos cabida en nuestra alma, para que echen raíces y disminuyan nuestra alegría de vivir, volviéndonos así cada vez más abatidos, perjudicando a nuestra alma y convirtiéndonos en una carga para nuestros seres queridos?

¿Le permitimos a nuestro Padre liberarnos de estos pensamientos y sentimientos? ¿O es que nos hemos acostumbrado a ellos a tal punto que gozan de una especie de “derecho de ciudadanía” en nuestra alma?

El Señor nos invita a acudir a Él con todo lo que nos agobia, especialmente con aquellos constructos de pensamiento y estados emocionales que se dirigen contra el amor, contra la vida, contra nosotros mismos y contra otras personas. ¿Tal vez incluso contra Dios mismo?

“Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos” –nos exhorta San Pablo (Fil 4,4). ¡Pero esto sólo será posible si llevamos ante el Señor todos los estados malhumorados y ofuscados de nuestra alma, todas nuestras sombras y pecados! La invitación de nuestro Padre sigue en pie...

Una mirada de su amor



*“Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa.”**

¡Hasta qué punto el salmista comprendió lo que significa estar en la cercanía de Dios! En efecto, ¿no es así? Aunque fuera un solo día que pudiéramos pasar cerca de nuestro amado Padre, ¡qué incomparable sería éste en relación con todos los demás días en que no estuvimos junto a Él!

Más vale ser el último en el Reino de los Cielos que el primero en este mundo.

“¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?” (Mt 16,26).

Esta realidad ha de iluminar como lumbrera nuestro corazón: Sólo Dios mismo puede concedernos aquello que verdaderamente llena nuestra alma. Vivimos en un engaño si buscamos en las personas o en las criaturas lo que sólo Dios puede darnos.

Pero Dios nos ofrece mucho más que un solo día en sus atrios. Él nos brinda su Corazón; se nos ofrece Él mismo. Nada quiere retener para sí mismo y de nada quiere privarnos; sino que anhela entregársenos con todo su amor, en la medida en que seamos capaces de acogerlo.

Una sola mirada de su amor es capaz de derretir nuestro frío corazón.

Una mirada de su amor nos asegura: “Eres mío”.

Una mirada de su amor nos da la certeza de ser hijos suyos.

Una mirada de su amor ahuyenta nuestros oscuros pensamientos.

Una mirada de su amor es más valiosa que todos los tesoros de este mundo.

Una mirada de su amor basta para despertarnos de nuestras confusiones.

Una mirada de su amor nos concede la suficiente claridad para volver a casa.

¡Y esta mirada vela siempre sobre nosotros!

Los designios de Dios



*“¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!”**

¡Cuántas veces comprendemos apenas más adelante lo que nuestro Padre ha hecho y permitido para nuestro bien!

En efecto, los caminos de Dios no están simplemente expuestos ante nuestros ojos como un libro abierto, en el que podemos leer todo en detalle y encontrarlo minuciosamente trazado. Sin embargo, existe un “plan divino” para cada uno de nosotros.

En su libro “Sí, Padre”, Richard Gräf escribe:

“Aun antes de la Creación del mundo (cf. Jn 17,24), Dios Padre había trazado todo el plan de mi vida, hasta el más fino, pequeño y último detalle. Ni un cabello cae de vuestra cabeza sin que vuestro Padre lo sepa (cf. Mt 10,29-30). Él ha trazado el plan de mi vida con tal dedicación y cuidado, que podría parecer que desde toda la eternidad no se hubiera ocupado sino de mí, para que, asumiendo yo el sitio que me corresponde en el universo, con los talentos que me fueron asignados, su gloria se revelara lo mejor posible.”

Recordemos en este contexto las palabras de San Pablo a los Efesios: *“Hechura suya somos: creados en Cristo Jesús para que hagamos las buenas obras, que de antemano dispuso Dios que practicáramos”* (Ef 2,10).

El Padre nos permite descubrir su plan para nosotros. Una vez que, por gracia suya, hemos salido del pecado y de la confusión y hemos atravesado la “puerta estrecha” (Mt 7,14), su proyecto puede desplegarse fructíferamente cada día. Los designios de Dios no permanecen totalmente a oscuras para nosotros, sino que siempre podemos descubrir aquel aspecto que sea necesario para el siguiente paso a dar. A veces el Señor nos muestra algo más, para nuestro deleite y responsabilidad.

Lo que se nos permite conocer es tan grande que nos basta para continuar nuestro camino en paz, de la mano de Dios, constatando con gratitud que hemos hallado la pista para hacer realidad lo que el Padre quiere de nosotros. Así, podemos avanzar hacia el futuro con confianza y estar atentos a todo lo que el Padre aún nos permita descubrir.

En este día le preguntamos: “Amado Padre, ¿qué es lo que has proyectado desde toda la eternidad para el día de hoy? Permíteme descubrirlo y realizarlo.”

Estar a solas con el Padre



A nuestro Padre le encanta que, en lo secreto, hablemos con Él y nos tomemos tiempo para estar junto a Él (cf. Mt 6,6). En estos momentos, crece la intimidad, la amistad, la confianza, la sensibilidad para percibir su presencia... Allí, en lo secreto, Él puede hablar fácilmente a nuestro corazón y edificar su templo santo en nosotros.

En los evangelios escuchamos una y otra vez que el Señor se levantaba de madrugada para estar a solas con su Padre (cf. Mc 1,35). Sabemos que pasó cuarenta días en el desierto (Lc 4,1-2). Conocemos también la vida de los ermitaños, que se retiran totalmente del mundo para morar a solas con Dios. En algunos monasterios todavía se observan tiempos de silencio, para que el enfoque en Dios no quede debilitado por excesivas distracciones.

En el Mensaje, Dios Padre se dirige a la Madre Eugenia Ravasio para manifestarle explícitamente este deseo:

*“Quisiera que tus superiores te permitan emplear tus momentos libres para conversar conmigo, y que puedas dedicar media hora al día para consolarme y amarme, para así lograr que los corazones de los hombres, Mis hijos, estén bien dispuestos a trabajar en la difusión de este culto, cuya forma vengo a revelaros, y para que lleguéis a tener una gran confianza en este Padre, que quiere ser amado por Sus hijos.”**

Entonces, vemos que en este encuentro íntimo con Dios nosotros no sólo somos los receptores, sino que también para el Señor es un consuelo este intercambio de amor con nosotros. De esta manera, su amor puede penetrar más profundamente en nuestro interior. Además, como lo da a entender en este pasaje que hemos escuchado, el Padre también se vale de forma misteriosa de estos momentos, para preparar los corazones de aquellos que están llamados a acoger y difundir el mensaje del Señor.

*Mensaje del Padre a Sor Eugenia Ravasio

El pajarillo en mi ventana



*“Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni almacenan en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Es que no valéis vosotros mucho más que ellas?”**

Seguimos hoy con el tema de la amorosa Providencia de nuestro Padre Celestial. Él quiere que vivamos verdaderamente despreocupados. ¿No es fácil comprenderlo, si consideramos que somos sus hijos? ¿Acaso no es natural que Él, siendo nuestro bondadoso Padre, se haga cargo de proveernos con todo lo que necesitamos para nuestro bien temporal y eterno? Incluso nosotros, los hombres, cuidamos de aquellos que nos han sido confiados.

Por tanto, si no vivimos en la santa despreocupación que el Padre nos ofrece, el problema debe ser de nuestra parte.

Cuando escribo las meditaciones temprano por la mañana, puedo observar un pajarillo que viene cerca de mi ventana en busca de alimento. De hecho, lo encuentra. Lo escucho piar y veo su ajetreo, mientras cambia ágilmente de lugar y continúa su vuelo. ¡El pajarillo obtiene de Dios todo lo que necesita!

No hace nada por su cuenta; simplemente está ahí y Dios, en su ternura, le provee el alimento. A mí siempre me alegra este pajarillo... Nuestro Padre lo creó, lo conoce y lo ama; y, por tanto, también se ocupa de él.

En realidad es así de sencillo, y debería resultarnos aún más fácil entender que nuestro Padre rodea con su amor al hombre, a quien incluso creó a su imagen y semejanza (Gen 1,27). Somos nosotros los que seguimos temerosamente preocupados por nuestro porvenir... El Señor nos invita a dejar de lado esta tensa preocupación, a comprender su amor y confiar en él.

En el Mensaje a la Madre Eugenia Ravasio, en contexto con la “fuente” y el “Océano” de la caridad, el Padre nos dirige estas palabras, que son realmente una invitación que sólo puede brotar de su Corazón paternal:

“La fuente es el símbolo de mi conocimiento, y el Océano es símbolo de mi caridad y de vuestra confianza. Cuando queráis beber de esta fuente, procurad conocerme, y cuando me conozcáis, arrojaos al Océano de mi caridad, confiando en mí con una confianza que os transforma y a la cual no podré resistir. Entonces yo perdonaré vuestras faltas y os colmaré de las mayores gracias.”

Se trata de nuestra confianza, que el Padre quiere ganarse. A esta confianza Él no puede ni quiere resistir, porque le abre el acceso para colmarnos de su amor. De esta confianza brota la santa despreocupación... Esto es lo que me enseña el pajarillo en mi ventana. Si el Padre se hace cargo de él, ¡también pensará en mí!

El deseo de Dios



Una hermosa flor en el Corazón de nuestro Padre es su misericordia. Con ella, y no con una inflexible severidad, quiere juzgar al mundo. La misericordia es su motivación insuperable para estar siempre pendiente y salir una y otra vez en busca de los hombres, para que se abran a su amor. En el Mensaje a la Madre Eugenia, nos dice:

*“Ellos [los pecadores, los enfermos, los moribundos y todos los que sufren] han de saber que no tengo otro deseo más que el de amarlos, colmarlos de Mis gracias, perdonarles cuando se arrepientan, y, sobre todo, no juzgarlos con Mi justicia sino con Mi misericordia, para que todos se salven y sean contados en el número de Mis elegidos.”**

¡Si tan solo las personas lo entendieran! Entonces se desvanecería aquella imagen distorsionada que a menudo tienen de Dios. No es sino el enemigo del hombre quien, desde el inicio y a lo largo de la historia humana, intenta transmitirnos una falsa imagen de Dios.

Desgraciadamente, no pocas veces ha conseguido oscurecer la verdad del amor de Dios.

Pero nuestro Padre, con gran paciencia y perseverancia, trata de corregir esta imagen tan injusta y falsa que ha sido sembrada en muchos corazones. Así leemos en el mismo Mensaje:

*“He querido recordaros estas cosas para que estéis cada vez más convencidos de que soy un Padre muy bueno, y no aquel Padre terrible por el que aún me tenéis.”**

Dios no viene “con el ardor de su cólera” (cf. Os 11,9) para obligar a las personas a creer en Él. ¡Al contrario! En la Persona de su Hijo, extiende los brazos en la cruz y exclama: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). Así nos ha abierto de par en par las puertas de la misericordia, que permanecerán abiertas hasta el Fin de los Tiempos. ¡Este es el deseo de Dios! Entonces el hombre comprenderá que hasta tal punto nos ama el Padre Celestial...

*Mensaje del Padre a Sor Eugenia Ravasio

Un corazón nuevo



*“Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne.”**

¡Lo que está en juego es el corazón del hombre! ¿A quién le pertenece?

Nuestro Padre Celestial quiere habitar en nuestro corazón y hacerlo receptivo a su amor, que sin cesar nos ofrece. El corazón nuevo que Él nos da es uno que ya no se endurece, que no se cierra más al amor, que se ensancha frente a las necesidades de todos los hombres, que ya no tolera la frialdad que aún descubre en sí mismo y permite que el amor de Dios derrita la capa de hielo que a menudo lo rodea.

Este gran don que Dios nos da - un corazón nuevo y un espíritu nuevo, que es el Espíritu Santo mismo - hace de nosotros personas “vueltas a nacer” (cf. Jn 3,7). Nos convertimos en personas que se rigen por el amor y la verdad. El corazón nuevo no permitirá que

nos separemos del amor de Dios sin volver inmediatamente a él. El espíritu nuevo infundido en nosotros velará atentamente sobre nuestras sendas, sin tolerar que nos desviemos del camino recto de Dios.

En este corazón nuevo ha despertado el amor a Dios. Así, se ocupa de las cosas del Señor y busca servir cada vez mejor a Aquel a quien le ha entregado el dominio sobre su corazón. Entonces sucede lo que en la tradición mística cristiana se denomina el “intercambio de corazones”. El corazón viejo, del que procedía tanta maldad (cf. Mt 15,19), es extirpado de nuestro pecho; y, a cambio, se implanta en nosotros un corazón nuevo, modelado conforme al Corazón de Dios.

Es una vida distinta, una vida que place a Dios y sirve a los hombres. Es LA vida a la que todos estamos llamados y que jamás cesará.

Mis entrañas paternales



*“Es a vosotros, creaturas mías, a quienes vengo a mostrar mis entrañas paternales, apasionadas de amor por vosotros, hijos míos.”**

Nuestro Padre quiere mostrarnos su Corazón. A nivel humano, sabemos lo que significa que una persona le diga a otra que su corazón le pertenece. Significa que se lo ha abierto de par en par, para que ella pueda encontrarse con lo más íntimo de su ser.

En estos términos nos habla nuestro Padre. Él quiere que conozcamos su Corazón y nos ha dado acceso a él. Allí debemos poner nuestra morada eterna. Así podremos descubrir cada vez más su amor, vivir en él y atestiguarlo con nuestra vida entera: *“Quiero que seáis testigos de mi amor infinito y misericordioso.”**

En nuestro camino de seguimiento de Cristo, se nos invita –aunque en esta vida sea todavía *“como a través de un espejo, borrosamente”* (1Cor 13,12)– a conocer e interiorizar algo de Dios al leer las Sagradas Escrituras,

al recibir los santos sacramentos, al participar en la vida de la Iglesia.

Nuestro Padre quiere además permitirnos experimentar su amor desde dentro. Este encuentro con sus “entrañas paternas” pertenece al ámbito de la mística, que describe la experiencia interior y el diálogo íntimo del alma con Dios. Aquí resulta particularmente evidente que la relación con Él es, ante todo, un asunto del amor y una unificación en el amor. Sólo esto podrá saciar plenamente el hambre del alma, porque ella ha sido creada para esta unión con Dios.

Nuestro Padre nos lo pone fácil para que entremos en esta dimensión interior de su amor por nosotros. Sólo tenemos que acercarnos confiadamente a Él, llamándolo con el nombre de “Padre” y dejándonos amar por Él como hijos suyos. ¡Todo lo demás vendrá por añadidura!

Aferrarse al ancla de la confianza



*“Os exhorto una y otra vez a la confianza, pues un alma que confía en su Señor y pone en Él toda su esperanza, no tiene nada que temer. Pero el enemigo de nuestra salvación siempre ronda en torno nuestro para arrebatarnos el corazón del ancla que nos lleva a la salvación; a saber, la confianza en Dios, nuestro Padre. Tenemos que sujetar muy, muy fuerte esta ancla, sin permitir que se nos suelte un solo instante, porque entonces todo estaría perdido.”**

Una y otra vez se nos insiste en que confiemos en nuestro Padre Celestial. En efecto, este es también el gran tema del Mensaje del Padre a la Madre Eugenia Ravasio. La confianza en nuestro Padre es tan decisiva que debemos meditar una y otra vez sobre ella, contemplándola desde diversas perspectivas y poniéndola en práctica día tras día.

Aún más provechoso que contemplar la belleza de la confianza como tal es recordar que el Padre mismo

nos pide esta confianza en Él, porque así lo glorificamos y le mostramos nuestro amor. Además, nuestra confianza le da “libre acceso” al Padre para colmarnos de su amor sin impedimentos.

Como nos dice el Padre Pío, también es necesario defender la confianza frente a los ataques, porque el enemigo del género humano trata de infundirnos desconfianza en Dios, tal como lo hizo en el Paraíso en la primera tentación (cf. Gen 3,1-7). Sus pretensiones deben ser rechazadas, contrarrestando cada sentimiento de desconfianza con un acto de confianza aún más profundo de nuestra voluntad.

No sólo podemos pedir al Señor que fortalezca nuestra confianza, sino que también debemos decidarnos a confiar en Él, especialmente en las horas de oscuridad y tribulación.

Hemos de sujetar el ancla de la confianza, porque es un ancla de salvación especialmente en los tiempos oscuros en los que actualmente nos encontramos. Dios nos guiará a través de este tiempo y podemos esperar que, una vez concluido, vuelva a brillar con más fuerza la luz del Evangelio y la bondad de Dios para los hombres.

Victoria sobre el enemigo



*“¿Queréis obtener la victoria sobre vuestro enemigo? Invocadme y triunfaréis victoriosamente sobre él.”**

En su Mensaje, nuestro Padre no deja de lado la dimensión del combate espiritual, porque, en efecto, los hombres tenemos enemigos. Se trata, en primer lugar, de los ángeles caídos, que intentan incluírnos en su rebelión contra Dios o, al menos, dificultar nuestro camino con el Señor.

Invocar el nombre del Padre significa que su luz viene a nosotros y las tinieblas tienen que ceder. Satanás no soporta la luz de Dios, porque sus intenciones son siempre impuras; mientras que en nuestro Padre no hay sombra alguna (1Jn 1,5).

Los poderes de las tinieblas no pueden amar, y es por eso que la invocación sincera del nombre del Padre los ahuyentará.

El diablo es una criatura limitada; el Padre es el Creador de todo cuanto existe.

Dios nos ofrece el medio para obtener la victoria sobre estos

enemigos. No se trata sólo de defendernos de sus ataques; sino también de debilitarlos cuando pretenden influir sobre nosotros. Al invocar el nombre de nuestro Padre Celestial, serán confrontados con Dios mismo y sus planes fracasarán. Y más aún: cada vez que rechazamos estos ataques en el Señor, nosotros mismos quedamos fortalecidos como “guerreros del Cordero” (cf. Ap 17,14):

“Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra” (Sal 124,8).

Pero este ofrecimiento del Padre se extiende incluso más allá de nuestra protección personal.

Cuando vemos la miseria a nuestro alrededor, cuando percibimos la destrucción que causan los poderes de las tinieblas, no sólo debemos soportar pasivamente esta situación; sino invocar a nuestro Padre para que Él ahuyente la oscuridad. Si lo hacemos conscientemente, participamos en la victoria del Señor y prestamos un servicio importante para el Reino de Dios.

Los demonios son enemigos de toda la humanidad. Por tanto, hemos de emprender con intrepidez y con la confianza puesta en el Señor la batalla que les corresponde librar a todos los que quieren servir al Señor. El Padre nos dice cómo obtener la victoria, ¡y Él lucha por nosotros!

El lado débil de Dios



*“Hay que saber tomar [a Dios] del corazón; este es su lado débil...”**

Hoy nos encontramos con una maravillosa frase de Santa Teresita de Lisieux, una santa que se caracteriza por su especial ternura y sencillez. Ella nos aconseja tomar a nuestro Padre por el corazón; es decir, apelar a su amor por nosotros y al nuestro por Él.

En efecto, éste es un camino regio, porque así tocamos a Dios en pleno corazón. ¿Cómo podría sustraerse nuestro Padre Celestial si lo buscamos movidos por el amor y nos apoyamos confiadamente en su amor?

Sin duda, eso es lo que Él quiere de nosotros. En el Mensaje a la Madre Eugenia Ravasio, nuestro Padre habla en una ocasión de una falsa reverencia que las personas le rinden, y afirma:

“Este falso respeto (...) es una herida en la parte más sensible de mi Corazón; es un olvido, un desprecio a mi

amor paternal por vosotros.”

Al aplicar estas palabras a nuestra meditación de hoy, concluiremos que, a la inversa, si le mostramos verdadera reverencia y amor, podremos reconocer a nuestro Padre tal como Él es y adquirir la imagen correcta de Él: nuestro amantísimo Padre.

Entonces, habremos llegado al centro de su Corazón e incluso podremos consolarlo. En efecto, Dios quiere darnos este libre acceso a su Corazón para que podamos extraer de él todo el amor y todo aquello que nos tiene preparado para nuestro camino. Hemos descubierto el “lado débil” de Dios, y Él nunca nos lo cerrará.

Santa Teresita dijo una vez que ella quería ser el amor en el corazón de la Iglesia. Quizá también podamos decir que, en el Corazón de nuestro Padre, queremos ser su consuelo.

El castillo interior



*“Si te aferras incommoviblemente a mí, si rechazas contundentemente todos los pensamientos que te confundan y anclas tu corazón insondablemente en mí, entonces ya no serás tú quien vive, sino que yo viviré en ti y me habré convertido en tu vida.” **

Esta pauta de nuestro Padre es para tiempos de gran confusión, como los que vivimos actualmente en el mundo e incluso en la Iglesia. En esos tiempos, el Padre está particularmente cerca de los suyos, sosteniéndolos en todas las dificultades y preparándolos para que puedan resistir a todo lo que les sobrevenga.

En tiempos de turbulencias - ya sean interiores o exteriores - estamos llamados a refugiarnos en nuestro “castillo interior”, donde nuestro Padre ha puesto su morada, para cultivar allí una íntima comunión con Él. Cuanto más nos unifiquemos con Él, tanto más se convertirá Él en nuestra vida, como exclamaba el

Apóstol de los Gentiles: *“Ya no soy yo quien vive, sino Cristo que vive en mí”* (Gal 2,20).

Entonces, cuando los poderes del mal quieran confundirnos e intenten acosarnos en el interior de nuestra alma, se encontrarán con el Señor mismo que les ofrecerá resistencia, pues Él ha puesto su morada en nosotros. Así les sucedía también a los padres del desierto, que tuvieron que librar muchos combates contra los demonios: gracias a su profunda unión con el Señor, los poderes de la oscuridad quedaban debilitados y Cristo vencía en ellos.

Pero esta invitación del Padre no se aplica solamente a la resistencia concreta que debemos ofrecer en el combate espiritual; sino que la belleza y bondad de la vida divina ha de desplegarse en nosotros y convertirse en luz, tanto para nosotros como para todos los hombres. A la larga, ésta será el arma más segura contra todos los poderes de las tinieblas, porque allí donde brilla la luz de nuestro Padre, ellos no pueden resistir. Es por eso que huyen cuando se encuentran con la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente (cf. Gen 3,15).

El tiempo apremia



*“Las almas necesitan ser tocadas con ciertas caricias divinas y el tiempo apremia. ¡No temáis nada! ¡Yo soy vuestro Padre! Yo os ayudaré en vuestros esfuerzos y en vuestro trabajo.”**

El tiempo apremia y los hombres han de enterarse del amor que Dios les tiene. Cada día que pasa sin que las personas vivan en la dichosa certeza de saberse amadas por Dios, es un día que carece de lo esencial.

La paciencia de nuestro Padre Celestial que nos espera y la urgencia del amor que empuja a llevar a los hombres de regreso a casa no son contradictorias. Ambos aspectos brotan del mismo amor y son también importantes para la misión que Dios nos encomienda.

La “santa impaciencia” que ha de impulsarnos busca siempre nuevos caminos para llegar a las personas y ayudarlas a ser tocadas por las caricias divinas. La santa impaciencia ve la necesidad de los hombres y sabe cuán importante es para ellos el encuentro con Dios. Le impulsa el deseo de nuestro Padre Celestial de que las personas correspondan a su amor y

encuentren así la salvación. Es el Espíritu Santo quien la empuja y no permite que caiga en la indiferencia. Así, la “santa impaciencia” se pone al servicio del Espíritu Santo.

La “santa paciencia”, por su parte, no se rinde ni se cansa de intentar una y otra vez llegar a las personas. Ella sabe que la respuesta del hombre al amor de Dios no puede ser forzada. Se ejercita en la longanimidad, sin decaer en sus esfuerzos.

Esta es la manera de ser y de actuar de nuestro Padre Celestial, que nosotros adoptaremos cada vez más cuanto más íntimamente unidos a Él vivamos. Empezamos entonces a ver a las personas con los ojos de Dios. De este modo, perdemos cada vez más los respetos humanos y el temor frente a las circunstancias que podrían sobrevenirnos. La mirada está fija en el Padre, y entonces ¿qué podrá acontcernos?

¡El tiempo apremia!

Por tanto, aprovechemos bien el tiempo presente, como nos exhorta el Apóstol Pablo (Ef 5,16). El Padre bendecirá abundantemente todos los esfuerzos que emprendamos por causa de su Reino y nos convertirá en instrumentos de su amor. ¿Nos dejamos empujar por el Espíritu y no desaprovechamos el tiempo? ¡Los hombres necesitan mensajeros que les anuncien el amor de Dios y vivan en coherencia con la verdad!

El sabor de la verdad



*“Todo el que es de la verdad escucha mi voz.”**

Nuestro Padre Celestial ha sembrado profundamente en nuestro corazón el amor a la verdad. Aunque la humanidad haya incurrido en muchos extravíos, permanece en el fondo del alma el anhelo de Dios, quien es la Verdad misma, como nos dice Jesús con toda claridad (Jn 14,6).

Por esta razón, el hombre todavía puede despertar a la plenitud de la verdad, abandonar los caminos errados y seguir al Señor. Cuando hace esto y escucha el llamado del Padre, demuestra que él “es de la verdad”. Con la gracia de Dios, podrá entonces enraizarse cada vez más profundamente en la verdad y permanecerle fiel a pesar de todas las seducciones.

Para “todo el que es de la verdad”, las palabras de Jesús son el alimento cotidiano. Cada palabra suya que asimilemos y movamos en el corazón como María (cf. Lc 2,19), nos consolidará en la verdad y nos

otorgará el sabor único de la verdad. Éste, a su vez, nos enseñará a distinguir muy bien las palabras de Jesús de aquellas otras que no tienen el sabor de la verdad. De este modo, se cumplen cada vez más las palabras del Señor de que los suyos escuchan su voz y no siguen a un falso pastor (cf. Jn 10,4-5).

Al estar enraizados en la verdad y al vivir de ella, se crea una maravillosa unidad con todos aquellos que también están en casa en la verdad. Esta unidad es un don infinitamente valioso que nuestro Padre nos concede y que se fortalece cada vez más en el seguimiento de su Hijo.

Al estar conscientes de esta gracia que nuestro Señor nos concede, nos veremos impelidos a interceder ante Dios por aquellos que aún no lo han reconocido, para que se dejen encontrar por el amor de nuestro Padre y puedan asumir el lugar que Dios les ha asignado en la comunión de los santos.

Confía en mí sin reservas



*“Confía en mí sin reservas.”**

El amor de nuestro Padre nos invita a confiar ilimitadamente en Él. No hay nada que Dios no sepa; Él nos conoce mejor que nosotros mismos, conoce nuestro corazón:

*“Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.”* (Sal 138,1-3)

¿Cómo no confiar en Él y dejar que sane en nosotros la profunda herida que el primer pecado de nuestros padres nos dejó marcada: la pérdida de confianza, la inseguridad de nuestra existencia, la falsa imagen de nuestro Padre...?

Tú, Padre, quieres nuestra confianza sin límites. Esto no significa imprudencia ni un optimismo ciego. ¡No! Lo que quieres es que nos abandonemos en tu amor y nos dejemos envolver por él. Quieres que no nos

apoyemos en las seguridades que nosotros mismos gestionamos, en cosas que hoy existen y mañana desaparecen.

Tu amor nos invita a poner simplemente en tus manos toda nuestra existencia, todo nuestro ser, sabiendo que Tú eres nuestro Padre.

¿Por qué titubeamos al entregarte completamente las riendas de nuestra vida? ¿Por qué dudamos en dar el último paso?

Probablemente sea porque aún no te conocemos bien y no comprendemos lo suficiente cómo Tú eres en verdad. Si lo supiéramos mejor, podríamos simplemente dejarnos caer. Y entonces descubriríamos que por tanto tiempo nos has estado esperando.

En realidad, es muy sencillo. Aquello que limita nuestra confianza es lo irreal, una oscura fantasía, un sombrío sueño...

Pero si damos el paso hacia la verdadera libertad, el paso hacia ti, entonces despertamos. ¡Y he aquí que estamos vivos! (cf. 2Cor 6,9).

Grandiosa sencillez



*“Conozco vuestras necesidades, vuestros deseos y todo lo que hay en vosotros. Pero ¡cuán feliz y agradecido estaría al veros venir a mí, confiándome vuestras necesidades, así como lo hace un niño que tiene plena confianza en su padre! ¿Cómo podría negaros algo, sea de mínima o de gran importancia, si me lo pidierais?”**

Si asimilamos e interiorizamos estas palabras de nuestro Padre Celestial, nuestra vida se reviste de una grandiosa sencillez. Poseemos un Padre cuyo gran amor somos nosotros y cuyo profundo deseo es que conozcamos este amor, lo acojamos y vivamos en él.

Entonces, ¿cuál es el cambio que sucede cuando realmente vivimos así? Empiezan a cobrar sentido todas las maravillosas palabras de la Escritura:

“Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos” (Sal 138,2).

“Gratuitamente lo recibisteis, dadlo gratuitamente” (Mt 10,8).

“No os preocupéis por el mañana” (Mt 6,34).

Descubrimos innumerables ejemplos de la Providencia de nuestro Padre y su cuidado por nuestra vida espiritual y corporal, que fecundan nuestra existencia. Reconocemos cada vez mejor la presencia de Dios y comprendemos que nuestra vida hace parte del plan de un santo amor.

Las personas que sufrían de una dolorosa soledad experimentan la dicha de una amistad con su Padre divino. Nunca más volverán a estar solas, y así recuperan la alegría de vivir.

En efecto, eso es lo que nuestro Padre quiere: que nos dirijamos a Él con todos nuestros deseos, ya sean grandes o pequeños. Nunca somos una carga para Él ni llegamos en momento inoportuno. Nunca seremos rechazados por Dios. Antes bien, nuestro Padre está esperando y le encanta que nos acerquemos a Él con gran confianza. Le hacemos feliz cuando actuamos así, porque Él quiere ver que se haga realidad esta confianza y naturalidad entre Él y sus hijos.

¡Qué invitación! ¡Sólo tenemos que aceptarla!

El tesoro de Dios en nosotros



Dios nos creó a partir de la nada. Su única motivación fue su amor por nosotros. Por ello, creó al hombre a su imagen y semejanza (Gen 1,27) y lo revistió de una gran dignidad.

Así nos lo transmite el Padre en el Mensaje a la Madre Eugenia:

*“Cuando Yo creo a una persona de la nada, del polvo, del elemento de la tierra, le concedo algo muy grande; algo que procede de mí: el espíritu, el alma. Así, cuando la persona llega a este mundo, es ya muy grande, pues porta en sí misma aquel tesoro de la belleza que procede de Dios, su Padre, y que hace que esta alma sea divina.”**

En este asombroso misterio radica la dignidad más profunda que Dios otorga a cada persona. ¡Cuánto adorna nuestro Padre el alma del hombre y con cuánta belleza la reviste! Podemos percibir su encanto especialmente en los niños pequeños. Pero también reconocemos su nobleza al ver a una persona que coopera con el Espíritu Santo para que este tesoro divino en

ella se despliegue.

Nuestro Padre no escatimó ningún esfuerzo para salvar al hombre que había caído en manos de ladrones, y pagó como precio de rescate la sangre de su amado Hijo (cf. 1Cor 6,20). Con infinita paciencia levanta una y otra vez al hombre, sana sus heridas y lo encomienda al cuidado de la Iglesia (cf. Lc 10,25-37), para que ella le ayude a recuperar su belleza originaria y lo conduzca por la senda segura hacia la eternidad.

Absolutamente nada dejó de hacer nuestro Padre, con tal de ennoblecer a su criatura, elevándola a ser su amado hijo y limpiándola de toda mancha y arruga (cf. Ef 5,27).

Ahora nos corresponde a nosotros seguir a su Hijo con gran confianza, obedecer la guía del Espíritu Santo y vivir como hijos del Padre. Entonces se desvanecerán las tinieblas y el Reino de Dios se manifestará en nosotros (cf. Lc 17,21), para la gloria de nuestro Padre y para la salvación de las almas.

Confianza en la divina Providencia



*“En lo que respecta a la confianza, basta con conocer las propias debilidades y decirle al Señor que queremos depositar toda nuestra confianza en Él. La medida de la providencia divina en nosotros es la confianza que depositamos en ella. ¡Abandonémonos sin reservas a esta santa Providencia y permanezcamos en sus brazos, como un niño en el seno de su madre!”**

Para nuestro Padre es infinitamente importante que recuperemos la confianza en Él, que perdimos después de la caída en el pecado en el Paraíso. San Francisco de Sales - un excelente maestro espiritual de nuestra santa Iglesia - lo vio claramente. No debemos preocuparnos demasiado por nuestras propias debilidades, aunque, en el extremo opuesto, tampoco podemos pasarlas por alto con ligereza. ¡Debemos dirigirnos al Padre! Siempre corremos el peligro de ocuparnos demasiado con nosotros mismos y de no elevar los ojos al Señor, quedándonos así encerrados

en nosotros mismos.

Pero el santo nos da el consejo acertado: ¡Depositemos toda nuestra confianza en el Padre! Así salimos del encierro en nosotros mismos y además le declaramos al Padre nuestro amor y, aún más, nuestra confianza en su amor.

Desde este trasfondo, comprendemos la frase de que *“la medida de la providencia divina en nosotros es la confianza que depositamos en ella.”*

Entonces, cuanto más confiemos en nuestro Padre - dicho en otras palabras: cuanto más convencidos estemos de su amor, aun en medio de nuestras debilidades y limitaciones - tanto más desatamos la Providencia divina para que actúe en nosotros como le plazca.

Así, las palabras de San Francisco de Sales nos invitan a que, mediante nuestros actos de confianza, abramos de par en par las puertas para el actuar de Dios.

* Carta de San Francisco de Sales a Santa Juana de Chantal

Mirad conmigo al Padre



*“Mirad conmigo al Padre y todo lo conseguiréis, sea lo que sea.”**

Al mirar con Jesús al Padre, todo lo que sucede se transforma y se convierte en una entrega constante a nuestro Padre Celestial. Nada de lo que Jesús dijo e hizo fue jamás contrario a la Voluntad de Dios. Antes bien, el Hijo de Dios conduce de regreso al Padre a toda la humanidad necesitada de redención.

Aunque Jesús culminó su misión en este mundo y volvió al Padre, nos dejó su mirada de amor al Padre, para que la imitemos. “*Seguidme*” (Mt 4,19) - dice el Señor a sus discípulos a orillas del Mar de Galilea, y ellos le siguieron en todos sus caminos, excepto aquel que lo traicionó. Si queremos sumergirnos por completo en el amor de Dios ya en esta vida terrena, entonces, en la imitación del Señor, hemos de elevar nuestra mirada al Padre. Mirándolo, hemos de ofrecerle todo el sufrimiento y el olvido de Dios en este mundo, pidiéndole que los hombres acojan la gracia

de la Redención.

Al mirar con Jesús al Padre Celestial, podemos osarlo todo, porque para Él nada es imposible y todo lo conseguiremos, sea lo que sea.

Al mirar con Jesús al Padre Celestial, permaneceremos fieles a la misión que nos ha encomendado, así como Él fue fiel hasta la muerte.

Al mirar con Jesús al Padre Celestial, tendremos sed de ayudar a las almas en su camino con Dios, para que su sed sea saciada y pueda Él colmarlas de su amor.

Si miramos con Jesús al Padre, entonces, en medio del sufrimiento por este mundo alejado de Dios, encontraremos siempre refugio en el Señor y en el Padre, pues Él ofreció a su Padre el sufrimiento del mundo entero.

Si miramos con Jesús al Padre, haremos lo mismo que Él hizo y podremos tener parte en el amor con que el Padre amó a su Hijo Unigénito.

La eterna desgracia



*“Mi bondad y mi amor me hacen ver que aquellos seres que he sacado de la nada y que he adoptado como verdaderos hijos, están a punto de precipitarse en gran número a la eterna desgracia con los demonios.”**

Cuando amamos a nuestro Padre, compartimos también su preocupación y su dolor por las almas. A nadie le gusta hablar o pensar en el infierno. Sin embargo, si desterramos de nuestro anuncio esta realidad, como si el infierno no existiera o estuviera vacío - tal como dan a entender ciertas falsas doctrinas -, entonces no hemos entendido correctamente la seriedad de nuestra fe ni la justicia de Dios.

Lamentablemente, el hombre puede condenarse y tener que compartir el destino de los ángeles caídos, que se alejaron de Dios. Por eso, es un acto de caridad de nuestro Padre recordarnos esta realidad, para que los hombres no se precipiten ciegamente a su desgracia eterna. Esto es lo que hace sufrir a nuestro

Padre: el hecho de que sus hijos pueden extraviarse y, como sigue diciendo en su Mensaje a la Madre Eugenia, *“fallar al propósito de su creación, perdiéndose para el tiempo y para la eternidad.”*

Sin duda, nuestro Padre trata de evitarlo de todas las maneras posibles. Pero, puesto que nos creó con libre albedrío, el hombre puede abusar de esta libertad y alejarse de la verdad, volviéndose a la mentira y al engaño. También el ángel caído es una criatura del Señor, que había sido dotada de un gran conocimiento de Dios. Sin embargo, se alejó de Él y no quiso servirle más, sino que ahora pretende establecer su propio reino para ser adorado como Dios. Él quiso ser como Dios, y con esta misma tentación sedujo posteriormente al hombre (Gen 3,5).

Sin embargo, el Padre en su Mensaje no se contenta con mencionar su dolor y constatar el destino de aquellos que se precipitan a la desgracia eterna. Mañana meditaremos lo que nos invita a hacer al respecto.

Cerrar las puertas del infierno



*“Ahora que yo os doy esta luz, permaneced en esta luz y portadla a todos. Será un poderoso medio para alcanzar conversiones e incluso - de ser posible - cerrar las puertas del infierno.”**

Nuestro Padre hace todo por salvarnos a nosotros, los hombres. Para constatarlo, basta con mirar a su Hijo y su sacrificio en la Cruz.

Con su aparición a la Madre Eugenia Ravasio, nuestro Padre ha abierto una puerta más para su gracia, con el fin de que podamos conocerlo mejor a Él y a su amor. En efecto, del Mensaje del Padre emana una nueva luz, vinculada a la promesa de que se producirán conversiones, como leemos también en otros pasajes de este Mensaje. En las palabras que hoy escuchamos, el Padre señala que, de ser posible, quisiera cerrar las puertas del infierno. Aquí retomamos la reflexión de ayer.

Recordemos que nuestro Padre expresaba su dolor por el hecho de que tantas almas se condenen y lleguen al infierno junto con los demonios. Pero no se queda en manifestar su dolor, sino que nos indica qué podemos hacer para - de ser posible - evitarlo. El “poderoso medio” para ello es llevar su Mensaje a los hombres, vivir en la luz que Él nos da y convertirnos así en testigos fidedignos de su amor. Detengámonos aquí un momento para cobrar consciencia de lo que significa que el Señor se sirva de nuestro testimonio para salvar a las almas de la condenación eterna y para que, de esta manera, podamos aliviar su dolor. ¿Quién puede resistirse a esta confianza que Él deposita en nosotros?

¡Qué fácil nos lo pone el Señor! Así continúa diciendo el Padre después de las palabras que escuchamos al inicio:

*“Renuevo aquí mi promesa que jamás dejará de cumplirse: ‘Todos los que me llamen con el nombre de ‘PADRE’, aunque fuese una sola vez, no perecerán; sino que les será asegurada la vida eterna en comunión con los elegidos’.”**

* Mensaje del Padre a Sor Eugenia Ravasio

La dignidad del hombre



*“¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él; el ser humano, para darle poder?”**

A nosotros, los hombres, no nos resulta fácil mirarnos a nosotros mismos y a los demás con los ojos de nuestro amoroso Padre, aunque hagamos un esfuerzo. En efecto, si no somos ciegos frente a nuestros defectos y carencias, si reconocemos la miseria moral que a menudo nos rodea, podríamos cuestionarnos cómo es posible que Dios nos ame tanto y no se rinda nunca en su intento de conquistarnos.

Si prestamos atención al siguiente verso del salmo, éste nos ayudará a encontrar una respuesta:

“Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad” (Sal 8,6).

Sí, nuestro Padre nos ha elevado a una dignidad tan alta que incluso podemos asemejarnos a Él. Y nuestro Padre, en su amor, hace todo lo posible para que correspondamos a esta dignidad que Él nos ha conferido.

Por eso es importante que su Iglesia insista en la dignidad del hombre, que le fue dada en virtud de su creación a imagen y semejanza de Dios. Sin embargo, es aún más importante que la Iglesia cumpla el mandato misionero que el Señor le encomendó, enseñando a las personas a vivir en la verdadera fe, a recibir dignamente los sacramentos y a cooperar con la gracia de Dios. Porque es así como el hombre corresponde a su vocación, viviendo como hijo de Dios aquí en la Tierra y llegando a la unión plena con nuestro Padre en la vida eterna.

El Padre se apiadó de nosotros por puro amor y se acuerda siempre del hombre, aun si éste se olvida de Él.

Implorad un corazón nuevo



*“Primero tenéis que sufrir bajo vuestro corazón malo; luego, implorad de rodillas un corazón nuevo.”**

Jesús nos da a entender con toda claridad que lo malo sale de nuestro propio corazón (Mt 15,19). Es una constatación muy triste, pero es la realidad. Normalmente no nos gusta escuchar este tipo de verdades, pues no corresponden a la imagen que tenemos de nosotros mismos ni a cómo queremos presentarnos ante los demás. Sin embargo, el Señor, al decirnos esta verdad, nos da una llave de oro.

En lugar de seguir nuestra tendencia de culpar a otras personas y circunstancias por lo que nos acontece, nos volvemos más realistas con nosotros mismos. No está en nuestras manos cambiar a los demás. Pero sí que podemos transformarnos a nosotros mismos bajo el influjo de la gracia y con la cooperación de nuestra voluntad.

Así, la triste constatación sobre la maldad de nuestro corazón se convierte en un remedio y, al mismo tiem-

po, en una mirada de esperanza: esperanza de alcanzar un corazón nuevo, un corazón que sepa amar, un corazón en el cual nuestro Padre Celestial ponga su morada y al que pueda dirigir conforme a su voluntad, un corazón que no se cierre, pero tampoco se pierda en el camino hacia la eternidad.

No podremos obtener este corazón nuevo sin sufrir. Sin embargo, se trata de un sufrimiento transfigurado. Es el sufrimiento de constatar que aún no amamos como quisiéramos. Es el sufrimiento de toparnos una y otra vez con nuestro egoísmo profundamente arraigado.

Cuando empezamos a sufrir bajo nuestro corazón malo, es señal de que ya estamos amando, y entonces imploraremos de rodillas y lucharemos por un corazón nuevo. Y cada vez que volvamos a percibir las sombras en nuestro corazón, invocaremos al Espíritu Santo y no desesperaremos, a sabiendas de que nuestro Padre nos escuchará.

*“Aunque camine
por cañadas oscuras...”*



*“Aunque camine por cañadas oscuras nada temo,
porque tú vas conmigo.”**

Los caminos que tenemos que recorrer no siempre nos resultan claros y evidentes. Tanto en este mundo marcado por el pecado como también en nuestra vida personal y en el camino espiritual existen esas “cañadas oscuras” de las que habla el salmista. Pero nuestro Padre nunca nos deja desamparados si levantamos los ojos a Él. La fe y la confianza que se deriva de ella nos ayudan a no desanimarnos.

Pensemos en el Hijo de Dios en aquella hora oscura y dolorosa en Getsemaní, cuando los discípulos no pudieron darle el consuelo y la compañía que les había pedido, porque ellos mismos no supieron soportar aquellas tinieblas (cf. Mt 26,38-45). Sin embargo, cuando nuestro amado Señor, unido a la Voluntad del Padre, aceptó por nuestra causa la cruz que le esperaba, no se quedó desamparado: un ángel

bajó del cielo y lo fortaleció - nos dicen las Escrituras (Lc 22,43), y Jesús pudo cumplir su misión hasta el final.

Esto es lo que nuestro Padre ha dispuesto también para nosotros cuando seguimos al Señor. En las horas de más densa oscuridad y abandono que puedan sobrevenirnos, nuestro Padre siempre envía el ángel del consuelo y de la fortaleza para que podamos permanecer firmes y no perder la confianza.

Aunque nuestros sentimientos no lo perciban, nuestro Padre está particularmente presente en las “cañadas oscuras”. En esas horas, ya sea que atravesemos cañadas físicas o espirituales, Él nos llama a un acto de fe. Esto nos hará madurar y agradecer aún más al Señor, al experimentar con más intensidad que nunca que “Tú estás conmigo”.

El vestido de bodas para la humanidad

*“La humanidad necesita el vestido de bodas para acudir al Banquete del Cordero en el tiempo y en la eternidad.”**

La Iglesia nos enseña que estamos invitados a la cena de bodas del Cordero, y nos llama dichosos por ello.

Pero para llegar a la Casa del Padre para siempre, necesitamos el vestido de bodas. Esta condición se aplica a toda la humanidad, pues todos los hombres están convidados y ninguno está excluido. Sin embargo, no podremos entrar sin el traje de fiesta (cf. Mt 22,12). Éste fue tejido para nosotros por la infinita bondad de nuestro Padre, y fue lavado y blanqueado por la Sangre del Cordero (Ap 7,14). Ahora estamos llamados a revestirnos con él. Entonces podremos entrar confiadamente en la sala de bodas y el Esposo de la humanidad nos asignará el sitio que nos tiene preparado.

Es el vestido de bodas del Cordero el que nos hace dignos de entrar. No obtenemos esta dignidad de nosotros mismos. Tampoco se trata de aquella dignidad que recibimos de Dios al haber sido creados a su imagen y semejanza. Ésta no es suficiente para la eternidad, porque las transgresiones de los hombres la han manchado de muchas maneras y a menudo se han alejado tanto de los caminos de Dios que han echado a perder casi por completo ésta su dignidad originaria.

Pero el Hijo de Dios, enviado por el Padre, vino al mundo para redimir a los hombres. Tuvo que levantar del polvo al hombre, herido y golpeado, y darle aquella nueva vida que viene de Dios. Por tanto, ahora podemos despertar a nuestra plena dignidad, volvernos completamente a Dios y revestirnos con el traje de bodas para la humanidad. Ahora podemos ser admitidos a la Nueva Jerusalén, porque nuestros nombres están inscritos en el libro de la vida del Cordero (Ap 21,27).

Confianza triunfante



*“Confiad en mí con una confianza que os transforma y a la cual no podré resistir. Entonces yo perdonaré vuestras faltas y os colmaré de las mayores gracias.”**

La confianza en Dios nos abre una amplia puerta hacia la verdadera vida, de modo que entra en nuestro corazón una felicidad que puede sanar muchas cosas en nosotros, así como también servir a otras personas. Nuestra vida adquiere una seguridad y libertad nunca antes experimentadas, y nuestro Padre puede comunicársenos día a día de forma sencilla, de modo que podamos entenderlo cada vez mejor. Día tras día se nos vuelve más natural la relación con Dios. El pesado yugo que a menudo se cierne sobre nuestra vida se transforma en una carga cada vez más ligera, y se vuelve cada vez más profunda la aceptación de nuestra humanidad y de la vida que Dios nos ha concedido.

Nuestro Padre Celestial no puede resistir a esta confianza que pone toda su seguridad en Él. Es una

“confianza triunfante”, que puede mover montañas (cf. Mt 17,20), que en todas las situaciones está segura de la victoria del Señor y no pierde el tiempo en dedicarse a temores y angustias. No debe confundírsela con el optimismo meramente humano ni con la ingenuidad. Antes bien, la “confianza triunfante” surge de la más profunda certeza del amor de Dios y de su misericordia. Las personas que la poseen son aquellas que quieren conquistar el corazón de Dios, y nunca dudan de que lo lograrán. Es por la acción del Espíritu Santo que esta “confianza triunfante” se arraiga en ellas. ¡Y nuestro Padre no puede ni quiere resistirse a ella! Dios está dispuesto a perdonar todas sus faltas y a colmar con las mayores gracias a los que así confían en Él.

Esta “confianza triunfante” nos transforma. Convierte a los acobardados en valerosos guerreros. Venga lo que venga, sea lo que sea que tengan que afrontar - ya sea el combate contra las seducciones de la carne, las atracciones del mundo o los ataques del diablo -, ellos están seguros de que Dios los sostiene y de que Él se valdrá de todo para su bien. ¡Nada puede separarlos del amor de Cristo! (Rom 8,37-39)

Oración interior



*“Permanece en oración interior.”**

Si queremos permanecer en íntimo contacto con nuestro Padre Celestial, difícilmente encontraremos un medio más apropiado que la oración interior, el constante diálogo con Dios. Éste consiste tanto en escuchar atentamente - pues reconocemos su voz -, como también en elevar nuestro corazón a nuestro Padre.

En el cristianismo de Oriente, es bien conocida la “oración de Jesús”, también llamada “oración del corazón”. En su forma clásica, se repite una y otra vez: *“Jesús, Hijo de Dios, ten compasión de mí, pecador”*. Para explicarlo en términos más comunes en nuestro mundo católico romano, se trata de la repetición sistemática de una jaculatoria, que ha de resonar constantemente en el interior del alma.

En contexto con los “3 Minutos para Abbá”, dedicados especialmente a la devoción a Dios Padre, podría ser recomendable la repetición de una jaculatoria

como ésta: “Padre, te amo.”

Una oración así es una gran ayuda para habituar a nuestra alma a la oración frecuente, que no se realizaría sólo en aquellos tiempos específicamente reservados para ella, sino que - practicándola regularmente - podría acompañarnos a lo largo de todo el día, incluso durante el trabajo y en las circunstancias más diversas de la vida. De este modo, el alma puede llegar a familiarizarse tanto con la invocación de Dios que siempre anhele practicar esta oración.

El consejo de hoy a permanecer en la oración interior puede sin duda aplicarse a cualquier forma de oración interior. Nos exhorta a no cejar en nuestro empeño y a hacer de la oración interior nuestro pan de cada día, para permanecer así en constante diálogo con el Señor. Esto hará que nuestra vida sea inmensamente rica y fructífera.

La paz interior



*“No pierdas tu paz interior por nada, ni aunque el mundo entero parezca desmoronarse.”**

Sólo podremos hacer realidad estas palabras del sabio San Francisco de Sales si nuestro Padre Celestial ha puesto su morada en nosotros y vivimos en constante diálogo con Él.

Imaginémoslo de la siguiente manera: Supongamos que nuestro Padre ha establecido su Trono en nuestra alma a través de la gracia santificante y que así se ha creado un santuario en nuestro interior. Allí, en lo más íntimo de nuestra alma, el Señor está presente, y nadie podrá llegar ahí sin haber sido invitado. Éste es el lugar de su paz, que puede extenderse a todos los estratos del alma. La paz interior habita constantemente allí.

Sin embargo, puesto que aún vivimos en este mundo, los acontecimientos exteriores e interiores pueden inquietarnos y turbarnos. No obstante, éstos no podrán

penetrar en el ámbito más íntimo del alma, sino que permanecen en sus estratos externos y allí surten efecto.

Cuando percibimos esta “inquietud”, sea del tipo que fuere, no debemos dejarnos afectar por ella; sino retirarnos a lo más íntimo de nuestra alma, donde el Padre ha establecido su Reino de paz. En el encuentro con Él, el ruido debe acallarse, nuestros sentidos refrenarse, los pensamientos ordenarse y el corazón consolidarse.

En efecto, en el Señor no existe situación sin solución. Él todo lo sabe, todo lo conoce y siempre es capaz de mostrar una salida. Cuanto más el alma se afiance en el Señor, tanto mejor podrá afrontar las situaciones que se le presenten. La paz interior - que podrá preservar aun en las circunstancias más difíciles - brota del santuario del alma y nadie podrá arrebatársela.

Inflamados por el amor



*“Si los santos del cielo pudieran volver una vez más a la Tierra, se empeñarían incansablemente, inflamados por el amor, en difundir la fe por todo el mundo, con la intención de dar a conocer al mundo entero el infinito amor de Dios por las almas. Porque los santos saben mucho mejor que cualquier habitante de la Tierra cuánto merecen ser conocidos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ellos quedan extasiados al ver con cuánta gloria se recompensa en el cielo aun el más mínimo acto que se haya realizado por difundir la fe.”**

¡Que al escuchar estas gloriosas palabras de San Vicente, el Padre inflame nuestros corazones con el fuego de los santos! ¡Escuchemos atentamente lo que se nos dice aquí! En efecto, estas palabras pueden despertarnos de toda inercia e indiferencia, para que anunciemos de todas las maneras posibles el amor del Padre Celestial a los hombres. ¿Podría haber algo más importante para nosotros?

Preguntemos a aquellos hermanos nuestros en la fe, que viven ya en la visión beatífica de Dios, qué es lo que nosotros podemos hacer para que los hombres conozcan el amor del Padre. ¡Ellos nos responderán!

De hecho, San Vicente Pallotti ya nos ha dado una gran respuesta, dándonos a entender que cada mínimo acto cuenta: cada oración, cada testimonio, cada obra de caridad, cada paso en el camino de la santidad, cada pequeño sacrificio...

Ya en el tiempo de su vida terrena, San Vicente Pallotti era una antorcha encendida. Sobrecogido por el amor de Dios, quería invitar a todos a aliarse para la gran obra de la misión universal. Por tanto, él forma parte de aquel “séquito del Cordero” (Ap 14,1-5), al que podemos acudir para que inflame en nosotros el celo por el anuncio de la santa fe. ¿Podría haber algo más importante para el Padre Celestial?

De seguro esto es exactamente lo que Dios quiere de nosotros: que cada cual asuma el sitio que le ha sido asignado por el Señor y coopere de la manera en que Dios quiere hacerlo a través suyo. Hemos de pedirle a nuestro Padre que nos muestre cuál es nuestra tarea específica y que encienda en nosotros el fuego de su amor del que habló en el Mensaje a la Madre Eugenia:

*“Yo mismo vengo a traer el fuego ardiente de la Ley del amor, para así derretir y destruir la enorme capa de hielo que envuelve a la humanidad.”**

¡No hay tiempo que perder! Precisamente cuando el mundo se oscurece cada vez más, el Señor quiere encontrar a los suyos en vela y trabajando en su viña. Ya sea que llegue a tal o cual hora, que nos encuentre despiertos (cf. Lc 12,37-40).

* San Vicente Pallotti

NOTAS

Los »3 minutos para Abbá« pueden encontrarse diariamente en el internet:



es.elijamission.net > 3 Minutos para Abbá



3 Minutos para Abbá

EL MENSAJE DEL PADRE

El »Mensaje de Dios Padre a Sor Eugenia Ravasio« puede descargarse como PDF en el siguiente enlace:



<https://www.amadopadrecelestial.org/mensaje>

CONTACTO

contact@jemacl.net

“
Que mi poder, mi amor y mi Espíritu Santo
toquen los corazones de los hombres,
para que la humanidad entera se encamine
hacia la salvación y regrese a su Padre,
que la busca para amarla y salvarla!

(Mensaje de Dios Padre a Sor Eugenia Ravasio)

”

——
Espero que estas breves meditaciones
contribuyan a que se cumpla el deseo
de nuestro Padre Celestial de ser conocido,
honrado y amado por los hombres.



El autor
Hno. Elías